

ALFAGUARA JUVENIL

Quique Hache El caballo fantasma

Sergio Gómez





PRIMERA PARTE



Una gloria nacional

Todos en la mesa escuchamos el teléfono mientras almorzábamos. Mi hermana fue a contestarlo. De vuelta llegó riéndose al comedor y dijo:

—Llaman por teléfono al detective privado Quique Hache.

Gertrudis Astudillo y yo nos quedamos mirando con caras de avestruces. Como momias secas, paralizados, así nos quedamos. Luego, me hundí en la sopa de arvejas. Mi papá movió la cabeza sin decir nada y mi mamá fijó directamente sus ojos sobre mí, como un rayo, como si leyera todos mis pensamientos. Me levanté de la mesa y fui a contestar el teléfono en la mesita del pasillo.

—¿Podríamos conversar en algún lugar público, señor Hache? —dijo la voz al otro lado. Estuve de acuerdo. Nos encontraríamos en una hora más en el parque Juan XXIII que está cerca de mi casa. Colgué y volví a la mesa.

Mi mamá entonces preguntó con voz de ultratumba:

—Explícanos, Quique, ¿qué es eso de detective privado?

La Gertru, que servía en esos momentos el postre, intentó una huida hacia la cocina, pero mi mamá la detuvo con su séptimo sentido, ese que le permite a todas las mamás del mundo descubrir siempre la verdad.

—No se me vaya, Gertrudis, apuesto que usted tiene algo que ver en esto.

Hacía tres meses que la Gertru asistía a un taller de actuación en la Corporación Cultural de Ñuñoa. Las clases las daba una actriz vieja de telenovelas que no tenía trabajo, porque ahora la televisión es solo para actores jóvenes. La Gertru respiró profundo, como le enseñaron en el taller, y le respondió a mi mamá:

—Son juegos de Quique con sus amigos, señora. Uno llama por teléfono y pregunta por diferentes profesiones, pero es solo para jugar.

Se notaban los escasos tres meses del taller teatral de la Gertru porque la mentira era difícil de creer. En ese momento volvió a sonar el teléfono y el campanileo nos salvó momentáneamente. Llamaban del Hogar de

Cristo, donde mi mamá era voluntaria un día a la semana.

Era el domingo 27 de junio. Mitad del año. Teníamos el invierno encima, aplastándonos con lluvia y frío. Sabía que esa llamada telefónica de hacía unos minutos era importante; la esperaba para desempolvar el diploma de detective privado que obtuve por correspondencia el verano pasado y que hasta ese momento era un secreto en la casa, un secreto que solo conocíamos Gertrudis Astudillo, mi nana, y yo.

Después de almorzar, mi papá se fue a leer *El Mercurio* al living; mamá, a desenterrar las plantas del patio para volverlas a enterrar. A mi hermana la pasó a buscar Lulo, su nuevo pololo, que tenía mucha plata, según ella, y que se reía como idiota cuando *entraba a la casa tratando de hacerse el simpático con nosotros*.

La Gertru llegó silenciosamente a mi dormitorio cuando terminaba de vestirme con ropa más gruesa. Me detuvo hablando bajito y preocupada.

—No más detective privado, Quique, o le cuento a tus papás.

—Tengo que estar en el parque a las cuatro.

La Gertru se inquietó con la noticia pero la curiosidad le cubrió la cara como una sombra.

—¿Un nuevo caso? ¿Quién te llamó por teléfono?

—Dijo que era de parte de Chucho Malverde.

—Chucho Malverde, ¿el comerciante? —se respondió ella misma—. Es el dueño de la cadena de supermercados Orión que están por todas partes. ¿Pero para qué te quiere a ti?

—No lo sé, por eso voy a ir a averiguarlo.

—¿Te acompaño?

—Acuérdate del curso: el detective privado no puede llegar ante un cliente con su nana.

La Gertru se quedó pensando en lo que acababa de escuchar sin entender si yo hablaba o no en serio. Al final dijo:

—Ten cuidado. Y lo más importante, a la vuelta me lo cuentas todo, si no quieres que tu mamá se entere de que eres un detective privado.

2

Juan XXIII era un Papa que tenía un sobrenombre, le decían el Bueno. En el barrio, a una cuadra de mi casa, Juan XXIII era el nombre de un parque alargado que corta varias cuadradas, entre las calles Dublé Almeyda y Castillo Velasco. En el parque existe un anfiteatro que casi nunca se ocupa. Solo una vez fuimos a ver con mi papá una obra de teatro a ese lugar. Era una obra griega y yo fui con la esperanza de que fuera igual que las películas de romanos, pero me equivoqué y me aburrí, aunque no le dije nada a mi papá para no decepcionarlo.

Cuando entré al parque, se detuvo en la calle un automóvil elegante. Bajó un hombre alto y muy serio que se acercó hasta donde yo estaba. Me preguntó no muy convencido:

—¿Usted es el detective?

Enseguida le respondí para tranquilizarlo:

—Señor Malverde, yo sé que le parezco

un poco joven para la profesión, pero estoy bien calificado y tengo buenos antecedentes...

El hombre, sin mover un músculo de la cara, me detuvo y dijo:

—No soy el señor Malverde, soy su chofer; él lo espera en el auto. Prefiere conversar allí, es más privado —indicó el auto estacionado.

Volvimos por el camino de piedras hasta la entrada del parque. Subí por la puerta trasera que me abrió el chofer y me encontré cara a cara con Chucho Malverde. Se parecía a mi papá, de la misma edad, pero en una versión desordenada, con la ropa desplanchada y colorinche, despeinado, como aparece Albert Einstein en las fotografías.

—Harto joven para ser un detective —fue lo primero que dijo Chucho recostado en el asiento, tomando una copa de un bar que salía del respaldo del asiento delantero. Debía estar cerca de los cincuenta años, pero pretendía verse mucho más joven, vestía blue-jeans y unas enormes botas rojas de vaquero. Cuando me quedé pegado mirando las botas, él dijo:

—Son de cuero de serpiente del desierto de Sonora.

No tenía idea de qué estaba hablando, pero puse cara de entenderlo todo. Prosiguió:

—Tenía guardado un recorte de diario donde aparecía ofreciendo servicios de detective un Quique Hache, que supongo serás tú.

—Él mismo —respondí con más confianza.

—Entonces tengo un trabajo para ti. La única forma de explicarte el problema es que me acompañes, no es muy lejos, al Club Ecuestre de La Reina.

—¿Ahora? —pregunté.

—Te llevamos y te traemos de vuelta hasta aquí.

El automóvil era gigante y poderoso. Aceleró por las tranquilas calles de Ñuñoa ese domingo por la tarde. El aspecto relajado y desordenado de Chucho me daban confianza. No parecía un millonario. Mientras subíamos hacia La Reina me resumió su vida.

El papá de Chucho, don Aladino Malverde, trabajó toda su vida. Comenzó con un pequeño negocio en la Estación Central, que luego se convirtió en el primero de los supermercados Orión que ahora estaban por todas partes. De la pobreza pasó a la riqueza con mucho esfuerzo y trabajo. Chucho era su hijo mayor y lo educó en los mejores colegios. Cuando terminó la enseñanza media lo enviaron a estudiar a Inglaterra, a un *college*

muy caro y exclusivo donde tenía como compañero de curso al príncipe Carlos de Inglaterra, el mismo al que se le murió la señora en un accidente automovilístico. Chucho nunca fue un buen estudiante, pero se llevaba bien con todo el mundo, tenía muchos amigos y disfrutaba la vida. El príncipe y él compartían la misma pasión: los caballos.

Nunca terminó los estudios, pero se quedó en Inglaterra mucho tiempo, hasta que don Aladino, su padre, lo mandó a llamar de vuelta a Chile por dos motivos: uno, para que se hiciera cargo de la cadena de supermercados junto a su hermano Esteban; y dos, porque don Aladino se estaba muriendo y le quedaban pocos meses de vida, según los doctores que lo atendían. Chucho no tuvo otra opción y debió regresar a Santiago. Antes de volver a Chile, el príncipe Carlos le regaló una montura impecable que costaba mucho dinero.

Chucho y su hermano, que sí entendía de negocios, se dividieron la administración de las empresas. De las obligaciones nuevas que adquirió, la única que le gustó fue hacerse cargo del Club Equestre en La Reina. La equitación y los caballos eran lo único que realmente interesaba a Chucho Malverde. Todas las tardes subía al club a ca-

balgar, mostrando la montura inglesa que le regaló el príncipe Carlos, a quien él llamaba «Charles».

El automóvil comenzó a subir por avenida Larraín hacia la cordillera. La montaña era un gigante tremendo, manchado de nieve en la cima. De pronto, el automóvil dobló, enfrentó un portón que se abrió automáticamente y entró. En el interior, el terreno era plano pero en distintos niveles, con canchas de pasto y árboles por donde cabalgaban jinetes. Hacia abajo se veía la ciudad de Santiago cubierta por el smog.

—Quiero mostrarte algo —dijo Chucho cuando bajamos del auto. Caminamos por detrás de una casa hasta otros patios llenos de jardines. Nos detuvimos en una placa de cemento. En el lugar, la tierra estaba removida y se veía una fosa apenas cubierta con una sábana de plástico amarilla. Chucho abrió los ojos, respiró profundamente, luego soltó el aire y dijo:

—Desde hace tres días esta tumba está vacía.

3

En ese momento tuve un pensamiento absurdo, de esos que solo se tienen cuando uno no entiende nada: me imaginé a Chucho Malverde enseñándole a bailar cueca al príncipe Carlos de Inglaterra. Chucho se dio cuenta de que yo estaba en la luna y trató de ordenar sus ideas para explicármelas mejor:

—Hace cincuenta años los equitadores chilenos eran muy buenos, eran respetados y famosos en el mundo. Uno de esos jinetes comenzó a entrenar a un caballo para una prueba especial de salto de altura. Durante dos años se preparó, hasta que una tarde en Viña del Mar, durante una prueba de equitación importante, se atrevió a intentar romper el récord mundial de salto a caballo. En el segundo intento pasó los 2,47 metros de altura y logró el primer récord mundial para Chile y el único hasta el momento. El jinete era un capitán del ejército llamado Alberto Larraguibel y el caballo se llamaba

Huaso. Los dos se hicieron famosos. En todo el mundo, hasta el día de hoy, el récord no ha sido superado. El capitán siguió su vida deportiva, participó en competencias, hasta en las olimpiadas, y finalmente murió en 1989. Huaso, el caballo, también tuvo una larga vida, pasó a retiro y vivió descansando en los patios del regimiento de Quillota donde murió en 1961.

Chucho hizo una pausa y los pelos de la cabeza se le alborotaron aun más con el viento cordillerano frío y traicionero a esa hora de la tarde. Todavía yo no lograba entender por qué Chucho me contaba estas historias de caballos, ni por qué me había llamado. Pero sabía que lo más indicado era callarme y escuchar lo que tenía que decir:

—Hace cuatro años, solo meses después de que yo volviera a Chile de Inglaterra, me hice cargo del Club Ecuestre. Entonces decidimos, con el directorio del club, que debíamos homenajear al caballo Huaso, el caballo más famoso del país. La mejor forma de hacerlo fue pedir autorización al ejército y a las autoridades para trasladar los restos del caballo desde el cementerio de animales en el regimiento de Quillota. Los trámites tardaron mucho y finalmente, dos años después,

con una ceremonia muy bonita, lo enterramos aquí mismo, debajo de esa placa recordatoria —Chucho mostró adelante.

—Todavía no entiendo... —traté de decir algo.

—Hace unas semanas comenzamos a recibir amenazas.

—¿Amenazas de quién? —pregunté.

—Cartas anónimas firmadas por un grupo de protección de los animales llamado «Furia Verde». Alegaban contra el trato que le dábamos a los caballos aquí en el club. La amenaza no nos pareció importante hasta hace tres noches. Alguien entró al club durante la noche, desenterraron los restos de Huaso y se los robaron.

—Me está diciendo que se robaron los huesos de un caballo —dije abriendo los ojos.

—Así fue —respondió tristemente Chucho—. Dejaron panfletos firmados por «Furia Verde». Imagínate el escándalo que se levantará cuando se enteren los diarios. Los restos de Huaso son una reliquia histórica. Por eso te llamé a ti, para que los encuentres.

Tragué saliva. Poco a poco se armaba el rompecabezas.

—A ver si le entiendo, don Chucho...

—Chucho nomás, no estoy tan viejo.

—¿Quiere que busque lo que queda de un caballo muerto para volverlo a enterrar?

—No es cualquier caballo, no pues. Como te dije, se trata de una gloria del deporte nacional que no se puede perder.

Siempre que aparecía Sergio Livingstone en la televisión comentando los partidos de fútbol, mi papá decía: «Don Sergio es una gloria del deporte nacional». A Sergio Livingstone, a pesar de la edad, le decían el Sapo, no porque hablara demasiado, sino porque cuando joven era el mejor arquero del fútbol chileno. Livingstone lo atajaba todo y por eso quedó convertido para siempre en una gloria nacional.

El chofer de Chucho Malverde me dejó al comienzo de calle Juan Moya, la calle de mi casa. Bajé caminando esa cuadra, pateando un tarro de café vacío, meditando todo lo que había ocurrido.

Tenía un nuevo caso en mis manos.

Antes de llegar a mi casa me detuvo el Negro Molina, alzando una mano, igual como los carabineros cuando detienen un auto en la carretera. El Negro era el guardia de la cuadra. A todos los vecinos les caía bien porque era trabajador, empeñoso y alegre. El Negro tenía su oficina en la esquina: una caseta de guardia de seguridad, estrecha, decorada con fotografías de Colo-Colo 73 y de Rafael de España, su cantante preferido. Molina decía que estaba hecho para ese trabajo porque nunca dormía; tenía una enfermedad que solo le permitía dormir dos horas diarias. Trabajaba incluso la noche de Año Nuevo. Después de las doce de la noche y de los

abrazos y brindis por el nuevo año, los vecinos salían a abrazar al Negro. Era flaco y atlético. Una vez contó que fue elegido «Míster Chile» en una discoteca de Horcones. El Negro era mi amigo, aunque un amigo interesado porque su principal preocupación era, además de no quedarse dormido por las noches, Gertrudis Astudillo. No era tonto el Negro, ganándome a mí tenía pavimentado el camino a la Gertru. Él lo sabía, yo lo sabía.

—Momentito —me detuvo entonces—. Tienes que hacerme una paleteada, Quique, la última, te lo prometo —de la camisa, extrajo un sobre color verde con el nombre de Gertrudis Astudillo subrayado—. Para la Gertru, de parte mía.

—¿Y por qué no se lo entregas tú? —le pregunté para molestarlo.

—No es lo mismo. La Gertru está enojada conmigo porque no la invité al cine el domingo pasado.

—Está enojada porque te vieron en el cine acompañado de la enfermera del policlínico de avenida Grecia.

—Cómo se te ocurre, nada que ver —dijo el Negro, pero olía a mentira por todas partes.

Aunque mujeriego, el Negro era una

buena persona. No tuve otra opción y me llevé su carta de amor y arrepentimiento.

Cuando recién llegó a trabajar como vigilante a la cuadra, la Gertru se derretía por el Negro Molina. Un 18 de septiembre, los vecinos cerraron la entrada del pasaje, instalaron bancos y mesas de madera y prepararon un asado para celebrar las Fiestas Patrias. No me acuerdo si alguien se lo pidió al Negro o fue por iniciativa suya. Comenzó a cantar una canción de Rafael de España a todo pulmón. Tal vez no era lo más adecuado para cantar en un Dieciocho, pero nos sorprendió a todos. La voz del Negro era impresionante y daba gusto escucharlo. Parecía que llevaba un parlante sintonizado en la garganta. Desde ese día la Gertru tomó una decisión importante: se autodesignó manager artístico del Negro Molina. Durante meses intentaron presentarse en alguno de los canales de televisión, en concursos y festivales, pero no tuvieron suerte.

El lunes de la semana anterior, alguien llegó a contarle a la Gertru que habían visto al Negro del brazo de esa enfermera. Fue suficiente. Gertru rompió la fotografía de Molina y dijo con una voz que daba miedo:

—Al Negro lo borré de mi lista.

5

Llegué a comer a la casa. Me preparé un sándwich de lechugas con queso y un vaso de jugo. Tenía hambre. No sabía por dónde empezar la investigación para encontrar los huesos o lo que quedara del caballo muerto. Era domingo y en la casa todo caminaba extremadamente lento. Mientras comía en la cocina, llegó la Gertru y me llenó de preguntas que respondí evasivamente. Al final ella miró hacia el techo, suspiro y dijo:

—Ese Chucho Malverde es un playboy.

No entendí en seguida lo que significaba ser un playboy. Parecía algo bueno pero no decente. Mientras tanto, ella vació leche y chocolate en polvo en un vaso, batió bien y luego le añadió un poco de crema. Cuando estuvo listo dejó el vaso en mi mano. Dijo que tenía que alimentarme y me obligó a beber el vaso. Volvió a mirar al cielo de la cocina, como si hablara a una cámara de televisión ubicada en lo alto y dijo que si yo seguía

trabajando como detective privado se moriría de los nervios. Ambos nos inscribimos en el curso de detective por correspondencia, pero ahora ella estaba arrepentida.

Igual dijo que me ayudaría.

Comenzamos a trabajar. Revisamos en la guía de teléfonos, pero además de la Sociedad Protectora de Animales, no encontramos nada como «Furia Verde». Si existía un grupo llamado así, probablemente mantendrían escondidos los huesos robados y los ocuparían para pedir un rescate o para hacerse publicidad más tarde.

Entonces a la Gertru se le ocurrió visitar a Conchita Ossa, su profesora de teatro, una vieja actriz que alguna vez apareció en la televisión, aunque después nunca más la volvieron a llamar, según la Gertru, por motivos políticos de esos años. Conchita fue famosa en los años cincuenta en el teatro y en los inicios de la televisión en el país. Ahora vivía en una casa vieja de Ñuñoa, en una callecita corta y tranquila casi al llegar a Pedro de Valdivia.

Subimos a un colectivo que se fue recto y rápido por avenida Irarrázaval. Diez minutos después estábamos en la entrada de la calle Capitán Orella, solo entonces me acordé del sobre que llevaba encima, la carta del

Negro Molina para la Gertru. Se la entregué, ella abrió los ojos pero no dijo nada y fingió indiferencia.

—La voy a leer después, cuando tenga tiempo. El Negro no merece que gaste mis ojos en él —dijo.

Golpeamos a la puerta de una casa de cemento, oscura y misteriosa, con enredaderas cubriendo algunas paredes, como si fuera una casa fantasma. Nos abrió la empleada, una señora que después supimos venía de Iquitos, un lugar apartado del Perú. Hablaba bonito y tenía cara de gato. Nos llevó hasta un living que olía a cera de piso, con paredes llenas de fotografías donde aparecía, en casi todas, la dueña de casa, Conchita Ossa, pero en diferentes épocas. En una aparecía con Frank Sinatra, el cantante, en una calle de Nueva York, tomados del brazo, caminado alegremente. Frank Sinatra llevaba un sombrero divertido, los dos sonreían a la cámara y miraban inmóviles desde el pasado.

Entonces apareció Conchita Ossa, la misma de las fotografías, pero con un siglo más de vida. Llevaba un vestido largo y ancho, como árabe. Era una señora vieja y teatral para hablar y moverse. Solo lejanamente se parecía a esas fotografías clavadas en la

pared. La Gertru la trató con respeto. Luego de las presentaciones, la señora Conchita se acercó a mí y me apretó una mejilla con dos de sus dedos fríos y flacos.

—La venimos a molestar, señora Conchita —dijo la Gertru—, queremos que nos dé algunos datos de una época pasada.

—En eso soy experta —respondió ella—. Soy un museo que camina, eso es lo que soy... —indicó la fotografía que yo había mirado en el centro de la pared—. Ahí estoy yo con Frank en New York City, los dos jóvenes, riendonos de la vida. Les voy a contar un secreto, pero solo se los cuento a ustedes dos: Frank todavía me escribe. Es un secreto porque su señora se moriría de celos si supiera.

Ni la Gertru ni yo le recordamos que Frank Sinatra llevaba muerto algunos años. Como se estaba oscureciendo y la lluvia amenazaba con volver peor que antes, la interrumpí y le pregunté directamente lo que quería saber.

—¿Conoció usted a un equitador chileno de fines de los años 40, a Alberto Larraguibel?

Ella me miró como si hubiera visto una mosca en medio de una torta de novia.

—Conocí a todo ese grupo, a Larraguibel, a Izurieta, a Montti, a... no me acuerdo el nombre de ese otro en estos momentos, pero

a todos. Eran muy famosos en esa época y mi papá los invitaba siempre a la casa. Es que a mi papá le gustaban los deportes. No le gustaba el fútbol, era el único deporte que no le gustaba, lo consideraba indecente. Fíjense ustedes que...

—Sobre el capitán Larraguibel... —traté de apurar la conversación.

—Era un amor ese capitán, venía del sur, de Angol, era tímido pero muy buen jinete. Se hizo famoso cuando saltó con un caballo. No me acuerdo el nombre del caballo...

—Huaso.

—Que feo nombre para un caballo, ¿no creen? Pero, bueno, logró saltar una altura tremenda, el salto más grande del mundo en caballo y desde ese día se hizo famoso.

—¿Se acuerda del salto?

—Poco, yo era muy jovencita en esa época. Recuerdo que fue en Viña del Mar. Y recuerdo, porque mi papá estaba en esa competencia como espectador. Después, llegó a la casa contando que vio saltar a ese caballo que parecía que volaba. Al día siguiente salió la hazaña en todos los diarios. Me acuerdo de todo esto porque el salto fue cerca de mi cumpleaños, a comienzos de febrero. Yo recién cumplía los diecinueve años.

—Y... —traté de hablar pero Conchita me detuvo.

—Antes de que se hiciera famoso, un año antes, hicimos una fiesta aquí en la casa. Debió ser enero de 1948. A la fiesta llegó todo el mundo, entre ellos los equitadores como Larraguibel, aunque en ese momento todavía no era famoso... —pareció acordarse de algo y sin decir nada se levantó del sillón, abrió un mueble cerca de la pared y eligió un álbum de fotografías con tapas de cuero que olía a remedio. La señora Conchita revisó las fotografías sin decir una palabra, concentrada. La Gertru me miró y encogió los hombros sin entender. Entonces pareció encontrar lo que buscaba. Nos alcanzó el álbum para que pudiéramos ver mejor la fotografía que indicaba con un dedo. Aparecía ella en el centro, bonita, sonriente y muy joven, con el pelo largo, rodeada de cinco hombres, tres de los cuales estaban vestidos con uniforme. Todos parecían abrazar a la señora Conchita Ossa y ella disfrutar en medio. Uno de los equitadores de la fotografía, nos dijo, era Larraguibel, un poco más serio que el resto.

La señora Conchita nos sirvió una taza de té. Escuchamos luego sus quejas sobre la televisión actual que no la dejaba trabajar.

Nos contó de su paso por Hollywood, donde se peleó con una actriz llamada Dolores del Río y su amistad con Frank Sinatra. Luego se cansó de hablar y quedó en silencio. Aprovechamos entonces para despedirnos, agradeciéndole la información y la taza de té.

De regreso en el colectivo, la Gertru comenzó a leer disimuladamente la carta del Negro Molina. Cuando caminamos de regreso por calle Juan Moya, pasamos cerca de la garita de vigilancia, entonces la Gertru dio vuelta la cara, y sin mirar hacia la garita, entró a la casa.

Al día siguiente, la Gertru se enojó conmigo porque le dije que el Negro estaba loco por ella. Me dijo que una cosa era que ella, Gertrudis Astudillo, fuera mi nana desde que abrí por primera vez los ojos en este mundo y otra muy distinta era que yo defendiera al Negro. Sus asuntos con él los resolvía ella y no necesitaba mis consejos. Por último, si quería seguir de detective que lo hiciera solo porque ella no estaba dispuesta a ayudarme. Y hasta ahí no más llegó la conversación.

Como estábamos todavía en la mitad de las vacaciones de invierno, llegó León a almorzar a la casa. Como siempre, estaba hambriento y se comió dos platos de charquicán y un sándwich de tomate, pavo y mayonesa. León y yo éramos amigos desde el verano pasado. Le conté todo sobre mi nuevo trabajo investigativo y él quedó muy impresionado, con ganas de ayudar. Nos echamos sobre la alfombra del living de la casa. Mi mamá estaba orgullosa de

su alfombra persa, pero encontramos debajo de la alfombra una pequeña etiqueta que decía fabricado en Vicuña. Nadie en la casa se atrevió a decepcionar a mi mamá después de que pagó mucha plata por su compra. La Gertru, que seguía enojada, se fue a mirar la telenovela de las tres de la tarde a su dormitorio.

Por más que pensamos, ni León ni yo encontramos por donde empezar a resolver el robo de los huesos del caballo. Para León era simplemente el fantasma del caballo que se había escapado de su tumba.

Marqué el teléfono del Club Ecuestre de La Reina. Después de varias secretarías me derivaron al guardia de la entrada.

—Quisiera saber si usted estaba de turno la noche del robo —pregunté directamente. Al otro lado alguien se asustó con la pregunta.

—¿Quién habla? —preguntaron.

—Quique Hache, detective privado.

Llegó un silencio de hospital del otro lado, que se podía interpretar de dos maneras: o se reían o estaban preocupados.

—¿Para qué sería? —preguntó la voz tímidamente.

—Don Chucho me encargó hacerle algunas preguntas a los empleados del club.

—Solo tengo el turno de día. Por la noche se queda don Anselmo. Yo nada tuve que ver, no estaba de turno cuando ocurrió el... robo —dijo «robo» como si no lo creyera o le costara reconocerlo.

—¿Entonces usted no tiene ningún antecedente? —pregunté.

—Le voy a decir algo, aquí los empleados del club tienen un poco de miedo por lo que ocurrió.

—¿Por qué?

—Dicen que el predio tiene fantasmas. Han escuchado galopar a un caballo las últimas noches.

—¿A qué hora ubico entonces al guardia de la noche?

—Al pobre viejito, después del robo, lo despidieron del trabajo, le echaron la culpa a él. Aquí todos querían a don Anselmo Cherino.

—¿No sabe dónde vive?

—En los libros de registro aparece una dirección, si quiere se la busco —hizo una pausa y se escuchó al otro lado el pasar de páginas—. Aquí está. La dirección es en Peñalolén, cerca de aquí.

Anoté la dirección, el nombre y colgué el teléfono. Preferí dejar a León mirando una

película en el cable. Salí de la casa y caminé hacia avenida Grecia. Pero antes, el Negro Molina me detuvo en la vereda. Tenía cara de cebra. Antes de saludarme dijo:

—Cuéntame, Quique, no me dejes así.

—La Gertru se vuelve loca por ti, Negro, lo que pasa es que con sus clases de actriz finge indiferencia —le mentí.

—Sabía que era eso —dijo con una media sonrisa.

—Espera a que se le pase el enojo.

El Negro pareció alegrarse:

—Se le va a pasar —me dijo y la cara se le encendió como una ampolleta. A mí me dio un poco de pena, pero el Negro continuó:

—Ya vas a ver cuando me vea en el «Show debe continuar» —dijo.

—¿En dónde?

—En ese programa de la televisión, es nuevo. Buscan cantantes en un concurso. Al que gana lo transforman en una estrella, lo hacen grabar un disco y firmar un contrato para cantar en México. Cuando gane el concurso la Gertru va a estar orgullosa de mí y...

No entendí lo del programa. Sabía que el Negro siempre postulaba pero nunca quedaba, así que no le creí. Tampoco tenía tiempo para seguir escuchándolo.

—Tienes toda la razón, Negro, que bueno —le dije, y me fui caminando por la vereda, mientras Molina soñaba con las luces de un estudio de televisión sobre su cabeza.

7

Peñalolén se encuentra en los faldeos de la cordillera. Allí se acaba la ciudad de Santiago de Chile y comienza, de pronto, la montaña. Hay barrios bonitos, algunos elegantes, con árboles en las veredas y jardines. Pero también hay poblaciones con casas que se hacen cada vez más chicas y estrechas. Las calles no están pavimentadas y las canchas de fútbol no tienen nada de pasto; hay muchas botillerías y las torres eléctricas se levantan en medio de las plazas. Los condominios elegantes y bonitos están muy cerca de las poblaciones pobres, separadas por murallas. Los de las casas bonitas no ven con buenos ojos a los del otro lado de la muralla. Viven juntos, pero separados.

En un extenso terreno había un campamento donde vivían los más pobres, los que no tenían siquiera una casa. Dicen que la gente pobre es más alegre y feliz. Yo no estoy seguro. Escuchan radios alegres y bulliciosas

y celebran las fiestas y cumpleaños todos juntos, pero la vida en un campamento es dura. Esto lo sabía porque una vez nos llevaron del colegio a dejar ayuda a ese campamento. Fue en el invierno pasado. Habían comenzado los temporales. Las casas de cartón, con tablas delgadas de cajones de manzana y ventanas de polietileno, no podían detener el invierno y volaban por la noche. Ese día nos recibieron los vecinos del campamento y nos agradecieron la ayuda. Mientras yo miraba esas viviendas frágiles, se acercó un tipo que debía tener cinco años más que yo, o sea veinte, y me dijo con rabia:

—Ahora te puedes ir tranquilo a tu casita donde tienes estufa, comida y tele.

Así conocí al Bombo. Al principio nos caímos mal. Él porque era pobre y yo porque tenía más que él. Pero inmediatamente nos dimos cuenta de que teníamos algo en común, nos gustaba el mejor equipo de fútbol del país, es decir, Colo Colo F.C. Entonces todo, por arte de magia, cambió entre nosotros. Algo nos unió para siempre. Éramos albos de corazón. Al Bombo lo llamaban así porque tocaba el bombo en el estadio, en medio de la Garra Blanca, la barra oficial del equipo. Un día, en una micro, le robaron el bombo y

le dieron una paliza los barristas de otro equipo. Bombo salió en los diarios y fue un héroe durante meses, pero nadie le devolvió el bombo para tocar en el estadio. El sobre nombre no se lo quitaron. Juntos comenzamos entonces a ir al estadio, al Monumental, a ver al equipo. Pero Bombo no tenía el entusiasmo de antes, desde que perdió su bombo se sentía un inútil mirando el partido pasivamente en el estadio. Así y todo, Bombo me enseñó muchas groserías para gritar arriba del tablón del estadio, pero él ya no las gritaba. Cuando una vez le pregunté por qué había cambiado, me respondió: «Parece que crecí». En parte tenía razón. Recién acababa de ser padre y estaba obligado a trabajar para alimentar a su hija. Su hija, por supuesto, se llamaba Alba María. Cada vez que el Bombo se acordaba de ella ponía cara de ñandú. Vivía con su mujer en una de esas casas frágiles del campamento, al frente de la casa de su mamá, atrás de su hermano y al lado de su padrino. El Bombo trabajaba en distintas ocupaciones temporales. Me había llamado hacía unos días para contarme que estaba feliz porque había sido contratado hasta fines de año en una viña en Quilín, al sur del campamento. El trabajo era relajado y por las tardes

quedaba desocupado temprano. Por eso lo encontré enseguida cuando llegué esa tarde de invierno.

Bombo le dio un beso a Alba María y bajamos juntos, buscando la casa de don Anselmo Cherino.

8

Anduvimos por calles y pasajes desordenados. Algunas calles terminaban misteriosamente en la nada y debíamos volver a empezar la búsqueda por otro lado. Por fin encontramos el pasaje 4, el que llevaba anotado en un papel. La casa era como todas las demás, de madera, baja, con un cerco por delante donde todavía se alcanzaba a leer el nombre de un candidato de unas elecciones pasadas. Golpeé la puerta y apareció después de un rato un hombre viejo.

Cuando estuvimos acomodados adentro de la casa, don Anselmo dijo:

—A mí siempre me gustaron los caballos, por eso le tenía cariño a mi trabajo en el Club Ecuestre. Los caballos son animales muy inteligentes.

Se veía triste, abatido, enfermo. Recién había quedado sin trabajo. Dijo que no tenía parientes en Santiago, solo un hermano enfermo en Quillota. Recibía plata de una antigua

pensión, pero no le alcanzaba para vivir. Tenía algunos ahorros con los que sobreviviría por ahora. Le pregunté por la noche del robo y si estaba enterado de los anónimos firmados por la «Furia Verde».

—Parece que llamaron varias veces por teléfono a don Chucho. Nos acusaban de maltratar a los animales, pero eso no era verdad, no lo hacíamos, a mí me consta. Don Chucho se preocupó y llamó a los carabineros, pero no encontraron ningún grupo con ese nombre.

Don Anselmo se levantó. Puso la tetera en la cocina y se preparó un mate con toronjil que luego Bombo rechazó amablemente. Me entregó entonces el mate a mí. Para que no se sintiera, lo acepté. Hacía años que no tomaba mate, los ojos se me llenaron de lágrimas, no porque me hubiera emocionado, sino porque me quemé la lengua. Cuando me recuperé, le pregunté:

—¿Qué pasó entonces la noche del robo?

—Estuve en la portería. La verdad es que yo no escuché nada. Los perros no ladraron. Cada una hora me daba una vuelta por todo el recinto llevando mi linterna, pero nunca pensamos que nos robarían y menos esos huesos. ¿A quién le podría servir llevarse

algo así? Al otro día encontramos el hoyo de tierra y papeles firmados con eso de «Furia Verde». Esa misma tarde don Chucho me llamó a su oficina y me comunicó que estaba despedido, lo había decidido el directorio, él solo cumplía órdenes, me dijo. Quedé sin trabajo. Justo ahora que tengo que hacerme unos exámenes médicos en el hospital. Pero lo que más echo de menos es estar cerca del predio y ver a los caballos, respirar el aire fresco de allá arriba.

No dijo nada más don Anselmo. Nos quedamos en silencio. Escuchamos muy cerca de allí, en la radio de una casa vecina, la música de un tema de Yubila Rubilar que amargaba más el ambiente.

Bajamos por Tobalaba, por la orilla del canal San Carlos. Nos olvidamos un momento de don Anselmo y comenzamos a hablar de fútbol, que era nuestro tema preferido. Discutimos lo mal que estaba el equipo esa temporada, la mala racha, la sequía goleadora y los posibles refuerzos para el próximo año. El sol apareció tímidamente y comenzó a caer detrás de las nubes negras e hinchadas de agua. Empezó a oscurecer.

Fue Bombo quien se dio cuenta y me advirtió:

—No te des vuelta ahora, pero desde hace un rato nos sigue una camioneta.

Miré disimuladamente. Era una camioneta gris, maciza, que nada tenía que ver en aquel paisaje de calles polvorientas. Avanzó lentamente detrás de nosotros. Bombo tomó entonces la iniciativa y buscó con la mirada los cercos más bajos entre las casas que teníamos adelante. Cuando encontró el apropiado,

un patio largo de cerca baja, me empujó hacia delante. Corrimos y saltamos el cerco. Fue fácil pasar hacia el otro lado, pero casi enseguida vimos que desde la camioneta bajaban dos hombres altos y rubios que nos siguieron. Ni Bombo ni yo esperábamos algo así. Subimos al techo de un gallinero y desde allí saltamos hasta el siguiente patio. Por el ruido de tablas rotas supimos que los dos hombres seguían persiguiéndonos. Bombo corría más rápido y yo apenas lo podía seguir. Saltamos unos tablones. Por debajo pasaba un hediondo zanjón, y al otro lado nos encontramos con una cancha de fútbol barrosa y húmeda. Ya estaba oscuro. Me resbalé y caí. Bombo volvió a ayudarme. Atravesamos finalmente la cancha. No veíamos nada y solo seguimos las lucecitas de la calle al frente de la cancha. En ese momento quedamos los dos paralizados, escuchamos claramente a nuestras espaldas dos disparos que iban dirigidos a nosotros. Entonces nos desesperamos y a pesar de que ya respirábamos con dificultad, seguimos corriendo.

—Nos están disparando —le grité a Bombo, aunque era evidente que eso ocurría. La calle por delante estaba vacía y mal iluminada. A lo lejos, detrás de nosotros, se veía Santiago. Al final de la cuadra nos encontramos

con un botadero de fierro. Había cerros de fierros oxidados y amontonados como un cementerio. Bombo saltó el cerco y yo lo seguí. Enseguida nos escondimos debajo de un camión desguazado. Escuchamos a los dos hombres saltar el mismo cerco. Luego no se escuchó nada más. Bombo y yo nos doblamos debajo de los fierros del camión. Por entre los escombros vi caminar a uno de los hombres lentamente, con una pistola en la mano, revisando. Pero sabíamos que eran dos. Bombo me hizo una señal y nos arrastramos por debajo como serpientes. Delante nuestro había un portón que conducía a otro patio. Tratamos de no hacer ruido. Cuando llegamos al portón apareció el otro hombre desde el pasillo de fierros del fondo. Era tremendo, con el pelo corto y rubio. No pude moverme. Se acercó, me miró directamente a los ojos y dijo:

—Hache —luego sonrió como en las películas, cuando el malo sonríe porque se sabe ganador. Miré hacia delante y no encontré a Bombo. El rubio me apuntó con su pistola. Estábamos solos, él y yo en ese pasillo de fierros. Quedé paralizado completamente y con urgentes ganas de ir al baño. El rubio solo dio dos pasos y enseguida escuché un ruido como si una bolsa de agua se estrellara

contra una pared. El hombre cambió la cara por una de pez globo. La sangre me bajó a cero grado. El rubio cayó hacia delante, como cuando cortan un árbol alto, y quedó en el suelo a pocos centímetros de mis zapatos. Por detrás apareció Bombo con una cañería en la mano. Le había dado duro.

—Vamos —dijo.

Corrimos hacia la salida. Pero en la oscuridad, al otro extremo del recinto, explotó una luz y escuchamos el disparo. Bombo se dobló y cayó de rodillas. Tenía una herida en el estómago y la sangre le mojó la camisa y el chaleco. Enseguida se levantó apretándose con los dedos la herida y siguió corriendo. Llegamos hasta el siguiente patio que terminaba en una casa de madera. Escuchamos cantos religiosos en su interior. Era el patio de una iglesia evangélica. Buscamos la puerta. Bombo comenzó a desacelerar la carrera, perdiendo fuerzas. No se veía bien. Tenía la cara pálida y los ojos muy abiertos. Adentro del templo evangélico, un pastor y algunos vecinos practicaban cantos para los servicios del próximo sábado. Pedí ayuda desesperadamente. Bombo alcanzó a dar los últimos pasos y cayó en una banca de madera. Tenía todo el chaleco manchado de sangre.

Cuando escuchamos las sirenas de la ambulancia, Bombo recobró el conocimiento. Hizo que me acercara y dijo:

—Arráncate ahora, Quique. Voy a ponerme bien, pero si te encuentran conmigo, los pacos te van a llenar de preguntas.

Tenía razón. Me aparté disimuladamente y me escabullí entre los vecinos. Salí del templo de madera y comencé a bajar Peñalolén, mareado, con un sentimiento de culpa y otro de miedo.

10

Llegué agotado a mi casa. Temblaba de frío. Tenía la ropa llena de barro. Casi no pude dormir esa noche. Al otro día llamé al hospital El Salvador. Habían operado a Bombo para sacarle la bala. Se recuperaba bien, pero debía permanecer internado dos semanas.

Ese día amaneció despejado, aunque algunas nubes comenzaron a bajar después del mediodía. No dije nada en la casa de lo ocurrido en Peñalolén, ni una palabra, ni siquiera a la Gertru. Me encerré toda la mañana en mi dormitorio para tratar de pensar mejor. Redacté una carta de renuncia dirigida a Chucho Malverde. Por supuesto que no le decía que me había acobardado. Intenté la peor de las excusas de un detective adolescente: escribí que no podía seguir porque en una semana más comenzarían las clases en el colegio y no tendría tiempo para ocuparme de la investigación. La carta la escribí tres veces y solo en la tercera ocasión me quedó con menos faltas de ortografía.

Almorzamos solos, la Gertru y yo, en la cocina, pero ninguno de los dos quería hablar. Ella encendió la televisión. En medio de la telenovela de la tarde, mientras pasaban los comerciales, anunciaron el nuevo programa «El show debe continuar» que animaría Antonio Vodanovic. El animador aparecía en un sillón con zapatos pero sin calcetines. Luego mostraron los ocho seleccionados de la competencia para elegir a un cantante. Entre el cuarto y el sexto vimos en la pantalla la cara del Negro Molina. Lo escuchamos cantar tres segundos una de Rafael de España antes de pasar al próximo seleccionado. La Gertru y yo quedamos atónitos, inmóviles frente a la pantalla. El Negro lo había conseguido. En tres días más estaría en el estelar compitiendo para que lo vieran en todo el país. Si ganaba, se haría famoso, dejaría su trabajo de cuidador de la cuadra y se casaría con la Gertru. A ella, después de ver al Negro en la televisión, le cambió la cara. Los ojos se le cayeron. Cara de tórtola. Aunque todo parecía absurdo y chistoso, yo no me reí porque tenía mis propios problemas en qué pensar.

Desde mi ventana miré la cuadra, arriba y abajo, toda la mañana, para comprobar si me vigilaban, si había en la calle una camioneta estacionada. Pero nada sucedió.

—A ti te pasa algo, Quique. Te conozco —adivinó la Gertru la cuarta vez que me levanté a mirar detrás de la cortina de la ventana.

—A mí nada —dije mentiroso.

Mi mamá llegó temprano. Se lavó las manos. Entró a la cocina donde seguíamos enganchados en un programa de la televisión.

—¿Qué pasó con Chucho Malverde? —dijo de pronto mi mamá.

El corazón me dio un salto. Estaba perdido, había sido descubierto y el peor de los castigos me esperaba. La Gertru comenzó a tartamudear. No aguanté más y dije:

—Te lo voy a explicar todo, mamá. El año pasado leí en una revista que ofrecían un curso de detective por correspondencia.

Mi mamá arrugó la cara y dijo:

—¿Qué tiene que ver con lo que te pregunté?

—Mucho —respondí.

—Señora... —trató de intervenir Gertru en mi defensa.

Mi mamá entonces dejó *La Segunda*, sobre la mesa.

—No sé si hablamos de lo mismo —dijo mi mamá—. Me refiero a Chucho Malverde, el dueño de los supermercados Orión.

—Nada tuve que ver con el asunto,

señora, se lo prometo —se arrepintió cobardemente Gertru.

—Cómo ibas a tener que ver —dijo mi mamá e indicó el diario: «Fallece en un accidente automovilístico Chucho Malverde, hijo de Aladino Malverde, fundador de la cadena de supermercados Orión».

11

Algunas veces rezo a Dios. Reconozco que no es todo los días. Más bien lo hago cuando tengo un problema. En todo caso, Dios debe tener asuntos más serios de los cuales preocuparse. Debería tener algún delegado de menor rango, una sucursal para problemas menores. Dicen que para eso están los santos. La Gertru es devota, por ejemplo, de santa Gemita.

Pero ahora estaba en medio de un problema mayor. Santa Gemita no me serviría.

El día martes por la mañana, Chucho Malverde se despertó en su cabaña de Farellones en la cordillera. Allí pasaba algunos fines de semana —que a veces se alargaban hasta el lunes o martes— tomando whisky al lado de la chimenea en las noches y esquian-do durante el día. En mitad de la mañana del día martes regresó a Santiago. En la bajada, en una de las cuestas, su automóvil cayó a un barranco y se incendió. Dos horas después lo

encontraron dos austriacos que subían en bicicleta a Farellones. Chucho estaba muerto. Cuando le hicieron la autopsia, comprobaron que había tomado de desayuno la mitad de una botella de whisky.

Llamé al Hogar Isabelita Astaburuaga donde vivía León. Nos pusimos de acuerdo para encontrarnos en Irrazaval con Manuel Montt. Subimos a una micro y en pocos minutos volvimos a bajarnos en las puertas del hospital El Salvador. A León no le gustaba hablar mucho y hacía pocas preguntas. De todas las cosas que más interesaban a León, el comer estaba en primer lugar.

Entramos al hospital público, feo y antiguo. Seguro que cualquier persona que ingresa allí se deprime y enferma aún más.

—No me gustan los hospitales —fue lo único que dijo León.

Preguntamos en un mostrador a varias enfermeras que escuchaban un programa en la radio en el que entrevistaban a una actriz de telenovelas que tenía cáncer. Las enfermeras lloraban mientras escuchaban la radio y compartían entre todas un solo pañuelo de papel. Me indicaron un pasillo para que las dejara tranquilas. Mientras avanzaba por el pasillo el ambiente era cada vez más deprimente. Un

chorro de viento helado entraba hasta las habitaciones y pabellones, donde los enfermos en sus camas aguantaban el frío cubiertos con gorros de lana o vestidos con los camisones del hospital y encima sus chaquetas y abrigos. Al otro lado del pasillo se veía un patio con unos árboles que parecían salidos de una película de vampiros.

Llegamos al pabellón que buscábamos y entramos a una sala donde había camas a cada lado. Algunos de los enfermos conversaban con sus parientes y los que no tenían visitas miraban aburridos las manchas del techo. Inmediatamente vi a la mujer de Bombo, con su hija en los brazos que dormía apretando sus manos. Bombo estaba en la cama con un aspecto lamentable. Pálido, algo barbón y llevaba un camisón del hospital que daba pena. Cuando me vio entrar, se alegró enseguida. Su mujer me miró con rabia. Conocía el motivo por el cual su marido estaba hospitalizado, herido con una bala. Yo era indirectamente el culpable. Prefirió cambiarle los pañales a Alba María más allá, en una cama desocupada.

—¿Cómo estás? —le pregunté avergonzado.

—Como me ves, súper bien. La bala no me tocó nada importante.

—Te quiero decir que... —comencé a preparar una explicación, una disculpa por meterlo en un lío, pero él antes me detuvo.

—Siempre he tenido el cuero duro para todo. Lo único que te voy a pedir, Quique, es que te cuides, está claro que andan detrás de ti y esos tipos son profesionales.

La emoción me atravesó la garganta. Bombo tenía razón.

—Déjame explicarte entonces —le dije.

—Nada. Prefiero no saber más detalles. Cúdate, nada más.

Nos quedamos otro rato con León cerca de la cama. La pintura de su catre se descascaraba. Sobre el velador vi un Condorito y la última revista Don Balón. Le comenté a Bombo, para distraerlo, que el domingo jugaba el Colo de local con el plantel completo pero no lo transmitirían por la televisión. Bombo entonces me mostró sus dientes brillantes y desde adentro del velador sacó una radio a pilas con la forma de una pelota de fútbol de cascos blancos y negros y dijo:

—Estoy preparado.

12

El Negro Molina se subió a una micro que lo llevó hasta el barrio Bellavista en las faldas del cerro San Cristóbal. Le dijeron que debía presentarse a las diez de la mañana. Él llegó a las ocho. Después de trabajar toda la noche en mi cuadra, sin dormir, alcanzó a ducharse y llegó anticipadamente a las puertas del canal. Pero se encontró allí con otros cincuenta futuros ídolos de la canción popular, que esperaban igual que él convertirse en cantantes famosos. Pero esa mañana, como nunca, el Negro supo que ese era su día. Uno de esos días en que uno se mira al espejo y se dice: hoy me toca a mí ganar. Así se sentía el Negro, confiado, seguro y dispuesto. Esperó pacientemente que llegara su turno, concentrado. Se elegirían ocho finalistas para el programa. Justo al mediodía vio salir del estudio, donde se tomaban las pruebas, a Lucho Jara, un cantante conocido. El Negro rápidamente se consiguió un lápiz y papel y

detuvo a Lucho Jara para pedirle un autógrafo. Le gustaba como cantaba Lucho. Aunque él no interpretaba ninguna de sus canciones, consideraba que tenían un estilo parecido. También pensó que más tarde le regalaría el autógrafo a la Gertru. Mientras Lucho le escribía en el papel, el Negro preguntó tímidamente.

—¿Qué tipo de canciones están pidiendo adentro en la prueba?

Lucho Jara terminó de firmar el autógrafo, lo miró a los ojos y le dijo bajito:

—Uno de los jurados es fanático de la Masiel y de Rafael.

El Negro no le alcanzó a dar las gracias. Sabía que era su día de suerte, así que preparó mentalmente «Yo soy aquel» de Rafael de España.

Cuarenta minutos después entró al estudio lleno de cables en el piso y focos de luces colgando en el techo. El jurado estaba sentado alrededor de una mesa, tomaban café y comían sándwiches de mortadela, aburridos de ser jurado preseleccionador. Un camarógrafo dormitaba en su puesto y los músicos preparaban sus sintetizadores y órganos electrónicos. Una asistente leyó el nombre del Negro. El presidente del jurado aprobó con una mano, mientras todos seguían comiendo. El

Negro se acercó al músico y le susurró el nombre de la canción y la nota con la que comenzar. Se ubicó enseguida en el centro, frente a una cámara y comenzó a cantar.

Dos horas después se publicaron, al lado de la puerta del estudio, los seleccionados para competir en el programa. El Negro no se había movido de allí. Encontró su nombre escrito en la lista. Lo leyó tres veces hasta quedar convencido de que era verdad. Salió del canal y se fue caminando por Santa María hasta un parquecito al lado del río Mapocho. A pesar del mal olor que subía desde el río, al Negro le pareció que olía a lúcumas y lavanda. Se sentó en un banco de madera, echó la cabeza hacia atrás y soñó todo lo que haría en los próximos años, cuando fuera rico y famoso.

Decidí ir al funeral de Chucho Malverde. El cementerio estaba en Huechuraba, al otro lado de Santiago. Era un parque enorme con pasto y flores. Había mucha gente cerca de la fosa abierta, rodeada de coronas de flores. Hasta allí habían llegado los empleados de los supermercados Orión. También, algunas mujeres jóvenes con lentes oscuros, como en los funerales de las películas. Había ido para despedirme de Chucho. Pero una idea empezó a molestarme: debía existir alguna relación entre el robo del caballo y la repentina muerte de Malverde.

Cuando el cortejo se retiró nadie parecía muy triste. Las mujeres de lentes oscuros se miraron unas a otras con recelo. Un hombre, entonces, se me acercó.

—Soy Esteban Malverde, el hermano menor de Chucho —me dijo. Se parecía a su hermano, aunque estaba vestido elegantemente y usaba el pelo corto y bien peinado.

El mismo estilo de Picarte, el mejor alumno de mi curso, el ejemplo, como le decían los profesores.

—Chucho me contó todo acerca del robo y también me habló de ti antes del accidente —dijo Esteban Malverde.

Luego propuso llevarme de vuelta en su auto y así aprovecharíamos de conversar un poco. Regresamos desde el cementerio elegante que a la gente no le gustaba llamar cementerio y prefería decirle parque. La palabra cementerio les parecía fea, fría y daba miedo.

Esteban manejó de regreso con una expresión triste pero resignada. Me contó cuánto admiraba a su hermano, aunque los dos fueran tan distintos. Él estudió en la universidad y se había hecho cargo de la administración de los supermercados después de graduarse, mucho antes de que su padre muriera. Cuando bajamos por el puente Centenario me preguntó:

—¿Cómo va la investigación sobre ese caballo?

—Bien. Sigue —dije con convicción y yo mismo me sorprendí de mi respuesta.

—No quiero que los diarios se enteren de algo. Sin duda le echarían la culpa a la

irresponsabilidad de mi hermano que se perdieran esos huesos.

—No hay problema.

Entonces Esteban bajó la voz como si hubiera micrófonos en el auto.

—No quiero que repitas esto, Quique, pero yo creo que a mi hermano lo desbarrancaron. Estoy seguro de que su muerte no fue un accidente.

Tragué saliva y pregunté:

—¿Qué le hace pensar eso?

—No me lo dejaron ver. Dijeron que su cuerpo y cara quedaron irreconocibles después del accidente. Por eso antes de que los diarios se enteren quiero saberlo yo. Tenemos que cuidar nuestro prestigio.

—¿Sospecha de alguien?

Esteban me miró cuando nos detuvimos frente a una luz roja y dijo:

—Tú eres el detective.

Tenía razón. Traté de responder algo inteligente, pero no se me ocurrió nada, así que seguimos avanzando hasta que pasamos por enfrente del edificio del hotel Hyatt, que parece una lavadora gigante.

—Antes de morir, mi hermano estaba muy preocupado por ese robo en el Club Ecuestre. No sé si esto es importante: la última

semana lo escuché hablando por teléfono en inglés, y después de cada llamada parecía más alterado y deprimido. Recibía todos los días esas llamadas telefónicas desde Inglaterra. Él estudió allá, pero claro, más que a estudiar, se dedicó todo el tiempo a fiestas, actividades sociales y a jugar polo. El domingo, ya tarde, antes de subir a la cabaña en la cordillera, recibió la visita de unos extranjeros que lo dejaron asustado, pero no me quiso decir nada.

Era el mismo domingo en que había conocido a Chucho. Los gringos lo habían ido a ver justo después de nuestra entrevista.

Había estado esperando el momento para terminar con una buena frase y ese me pareció el adecuado:

—No se preocupe, señor Malverde, yo me encargo.

Cuando llegué a mi casa me esperaba Gertrudis Astudillo. Estaba alegre y me preparó charquicán, que es mi plato preferido. Había vuelto a encargarse de la carrera artística del Negro Molina: era su representante. Yo le conocí muchos novios a Gertru y cada vez que llegaba uno nuevo, ella me decía: «Esta vez le apunté». Pero no le duraban mucho, se aburría y rápidamente los desechaba. Siempre decía que para ella solo existía un amor, el único, el primero, un amor de juventud en Temuco, pero que era un secreto que no podía contar porque «él» ahora estaba casado y tenía dos hijos de mi edad. Cada vez que volvía a visitar a sus parientes en Temuco, se encontraba con «él» en la Confitería Central, en la misma mesa donde se encontraron la primera vez. Según Gertru era «un amor imposible» que a veces la dejaba triste y llorona, sobre todo cuando escuchaba cantar en la radio a Miriam Hernández. Entonces se

le llenaban los ojos de lágrimas, le tiritaba el mentón y decía, escuchando la canción en la radio: «Eso mismo me pasó a mí».

El próximo viernes era el estelar de la televisión en el que competiría el Negro. Gertru y yo estábamos invitados porque Molina no tenía a nadie más en Santiago. El Negro venía de Rancagua y en Santiago solo tenía su trabajo. Decía que cuando lo contrataran en la televisión, después de ganar el concurso, se casaría inmediatamente con Gertru. Por supuesto, él no tenía idea del amor imposible en Temuco de Gertru. El Negro era ingenuo y hacía miles de planes y levantaba mentalmente proyectos que nunca se realizaban.

Ese día, después de comer mi plato de charquicán, Gertru se acordó y fue a buscar un sobre que me llegó mientras yo estaba dejando a Chucho en el cementerio de Huechuraba. Era un sobre grande lleno de fotocopias de diarios viejos. Adelante tenía una pequeña nota apretada con un clip:

Sr. Quique Hache:

Le entrego algo del material que tenía recolectado acerca de Htaso y su hazaña histórica de hace cincuenta años. Espero que pueda servirle de algo.

Anselmo Cherino

Era el cuidador del Club Ecuestre de La Reina que Chucho despidió y que conocí esa noche en que nos siguieron e hirieron a Bombo.

Durante varias horas leí y releí lo que contenía el sobre. Una lucecita en mi cabeza comenzó a brillar y algo también comenzó a surgir en el fondo. Sabía que tenía una pista y eso me alegró. Me fui hasta la cocina a media tarde y calenté en el microondas otro plato de charquicán.

En un cuaderno nuevo recorte y pegué algunos de esos recortes que don Anselmo me hizo llegar. Mientras trabajaba sobre mi escritorio, desde la calle, alcanzaba a escuchar al Negro Molina cantando una de Rafael de España.



SEGUNDA PARTE



La doble muerte de Chucho Malverde

Esa noche me dormí temprano después de organizar mi cuaderno investigativo. Algo me inquietaba; sentía como si una mosca gorda e insistente me diera vueltas en la cabeza. En mitad de la noche desperté y fui al baño. Divisé a mi papá en el living mirando la televisión. Me senté un rato con él.

—Apuesto a que la rubia es la culpable —dijo, indicando la pantalla. Yo conocía la película y sabía que no era la rubia sino un cojo que aparecía al final en una fotografía. Me fui a dormir sin decirle nada a mi papá para no decepcionarlo de sus deducciones. Cuando me quedé dormido soñé que estaba en Pucón, en el lago Villarrica, y era verano. Después soñé que el Negro ganaba el Festival de la Canción de Viña del Mar y al final debí soñar con la película que veía mi papá en la televisión. Al despertar tuve la sensación de que tenía algo resuelto.

En algún momento, durante la noche, comenzó a llover con fuerza. La lluvia parecía

ráfagas de ametralladora que recorrían el techo de la casa.

Mientras tomaba el desayuno con la Gertru, mirábamos la televisión. La Gertru parecía más amable desde que tenía un novio casi famoso. En la televisión informaban de una campaña para ayudar a los damnificados por los temporales en el sur. Apareció un reportero despachando desde Vilcún en la Novena Región. Llovía sin parar y la Gertru dijo:

—Está diluviando en mi tierra.

En la tele se veía al reportero, con el micrófono en la mano, hundido en una gran poza de agua y mojándose valientemente, aunque alrededor había terreno sin anegar.

Me vestí con una parka, de las mismas que usaban los exploradores para llegar al polo norte, y salí de la casa antes de que me preguntara algo la Gertru.

No hacía frío en la calle aunque la lluvia seguía. Caminé rápidamente hasta avenida Irrarázaval y subí a una micro que olía a matadero de pollos. El chofer recibió las monedas sin mirarme. Sobre su cabeza tenía pegada una estampita de la Virgen María, y al lado una araña de goma que se balanceaba con el movimiento de la micro. Bajé cuando cruzamos Pedro de Valdivia. En la vereda, los

vendedores ambulantes reclamaban bajo la lluvia contra el alcalde y los carabineros. Vendían zapatos chinos, paraguas chinos, sopapos y corchos chinos. Caminé hasta la calle Capitán Orella. No fue difícil encontrar otra vez la casa de Conchita Ossa. Cuando abrió la puerta, me miró con cara de garza. Pero cuando asomé mi cara entre el gorro de la parka, me reconoció y me dejó entrar.

Preparó té caliente y no paraba de hablar. Tomé algunos sorbos solo por educación porque no me gusta. Conchita dijo que todas las noches se enjuagaba la garganta con té y limón. Cuando me imaginé las gárgaras menos ganas me dieron de tomarlo. En el living de su casa estaban sus dos gatos: Uña y Mugre. Les tenía esos nombres porque los dos eran inseparables, me explicó. Los dos gatos dormían sin que les importara que nosotros habláramos. La señora Conchita estaba contentísima de tenerme en la casa porque casi nadie la visitaba ahora y se aburría. Para distraerse seguía un curso por correspondencia donde aprendía a navegar por internet, pero le era difícil aprender y la sola palabra «navegar» la mareaba.

Cuando me preguntó qué estaba haciendo allí, le fui sincero y directo. Le pedí

que me mostrara otra vez el álbum de fotografías, el mismo que había visto cuando la visitamos por primera vez con la Gertru. Me lo pasó y no me demoré en encontrar lo que necesitaba. Era una fotografía donde aparecía la señora Conchita, joven y bonita, con las mejillas hinchadas, feliz, como se supone que uno es cuando se es joven y sano. Después, al envejecer, la cara se llena de huesos y dudas. Era la fotografía que mostraba la fiesta en su casa, la fiesta de su cumpleaños número dieciocho en enero del 48. Un grupo de jóvenes miraba a la cámara y en el centro aparecía Conchita Ossa rodeada de los equitadores uniformados, entre ellos Alberto Larraiguibel. Al lado derecho, otro de los uniformados se reía mostrando los dientes. Cincuenta años después reconocí esa cara sonriente. Era la misma que vi esa tarde en Peñalolén cuando me recibió en su casa Anselmo Cherino, el portero del Club Ecuestre.

Esperé que la lluvia se detuviera. No había nada que hacer en mi casa. Las vacaciones de invierno son aburridas. A las cuatro de la tarde, un poco por el aburrimiento y la insistencia, le confesé todo lo que sabía a la Gertru, incluyendo lo ocurrido en Peñalolén con Bombo. Ella abrió los ojos con cara de cebra. Quedó sin aire y se sentó en una silla abanicándose con un mantel. Dijo que yo estaba metido en un problema, en uno grande. Por fin estábamos de acuerdo. En ese momento dejó de llover y los árboles comenzaron a destilar como coladero de ropa mojada.

—Anda a buscar tu parka, vamos a resolver esto —dijo.

Subimos a un colectivo y me obligó a darle la dirección exacta de don Anselmo Cherino en Peñalolén. El colectivo se fue lentamente, esquivando los ríos de agua formados por las calles inundadas. Le repetí lo que la señora Conchita sabía de esa fotografía donde

aparecía misteriosamente don Anselmo. Conocía a los otros, pero no se acordaba de él: «Debe haber sido uno más de los militares que iba a mi casa en esos años», me había dicho.

—Esto lo arreglo enseguida —repitió Gertru. La conocía, cuando quería algo lo conseguía, así que el resto del viaje en el colectivo preferí mantener la boca cerrada, hundido en mi parka.

Reconocí la calle que recorrimos antes con Bombo la tarde en que nos dispararon. Tenía miedo de volver allí y miré hacia todos lados esperando que en cualquier momento se apareciera una camioneta gris.

Llegamos hasta la casa de Anselmo Cherino, el cuidador del Club Ecuestre, el mismo que aparecía en una fotografía al lado del capitán Larraguibel. Golpeamos la puerta de la casa de madera, esperamos un momento, pero nadie respondió del otro lado. Se asomó una vecina por el patio de la casa más cercana. Se secó las manos en la falda, se allegó al cerco y nos dijo:

—El caballero no está y no creo que lo encuentre.

La Gertru, que desde que tomaba los cursos de teatro con la señora Conchita Ossa creía que debía practicar a cada rato, le dijo:

—Qué lástima, andamos buscando a don Anselmo, soy su sobrina del sur y venía a dejarle un recado.

La vecina se restregó las manos y contestó:

—Difícil que lo encuentre.

—¿Pero a qué hora llega?

—Le pagaba el arriendo a una comadre que es la dueña, pero hace unos días que el caballero dejó la casa, dijo que tenía que irse y que no volvería.

—¿Se fue, se fue? —preguntó la Gertru sin poder creerle.

—Se fue.

—¿Cómo que se fue? —insistió.

—Se fue —dijo la vecina un poco enojada con la conversación que no llegaba a ninguna parte.

Me acerqué y probé con la vecina.

—¿Pero no dijo adónde iba?

—No. Hace cuatro años que vivía aquí. Era un caballero muy reservado, de pocas palabras, no hablaba con nadie en el vecindario, pero era muy decente, saludaba siempre que pasaba... Se le notaba que arrastraba una pena.

—¿Cómo una pena?

—No quería hablar con nadie, eso se

notaba. Yo sé de esas cosas, soy separada doble, es decir dos veces, aunque no me arrepiento de nada. Mis dos maridos me salieron buenos para tomar...

—Una última pregunta —la detuve—, ¿ha venido alguien más a preguntar por don Anselmo?

—Déjeme pensar. Vinieron dos caballeros y le pidieron a mi comadre, la que arrienda la casa, que les abriera la puerta. A mi comadre le dio miedo y les abrió. Pero adentro no encontraron nada.

El miedo me entró otra vez al cuerpo y pregunté:

—¿Eran dos hombres rubios, vestidos de negro?

—Los mismos.

17

Nos subimos a un colectivo que se fue por Tobalaba hacia La Reina. Más adelante dobló hacia la cordillera. En unas cuadras se veían las casas elegantes y nuevas y en la siguiente las poblaciones pobres. Las casas bonitas estaban siempre adentro de cuadrados de murallas, con guardias y perros en la entrada.

Cuando llegamos al Club Ecuestre, el guardia joven se quedó mirando a la Gertru con cara de león. La Gertru, que sabía de esas cosas, miró hacia adelante con total indiferencia y seguimos. Nos quedamos observando un momento a algunos jinetes que paseaban lentamente a sus caballos por la pista verde y plana. La Gertru entonces suspiró y dijo:

—Me acuerdo de esos veranos en el campo cuando galopaba en Cholchol, allá en el sur.

Nos recibió el administrador del club y nos mostró una fotografía de Chuchó

enmarcada y colgada en una pared. Me dio un poco de pena encontrarlo allí.

Esta vez Gertru no dijo nada y prefirió escuchar. Por supuesto no mencionamos nada sobre el robo en la tumba del caballo Huaso. Preguntamos por don Anselmo Cherino, eso buscábamos allí en el club. El administrador sabía muy poco porque recién estaba en el cargo y tampoco se quedaría mucho tiempo. Nos repitió lo que ya sabíamos: que hacía una semana habían despedido a Don Anselmo. En los archivos solo tenían la dirección de Peñalolén, no guardaban ningún antecedente, ninguna otra dirección ni teléfono. Agradecemos y salimos de esa oficina.

Caminamos hasta el rincón donde estaba la tumba de Huaso. En ese momento un profesor la mostraba a un grupo de alumnos de equitación y les explicaba la hazaña del caballo. Repitió lo que yo sabía gracias a mi cuaderno investigativo. Hacia dos años estaban enterrados en ese lugar los restos del caballo más importante del país. Después de pasar a retiro, Huaso fue destinado al regimiento de Quillota donde murió en 1961 de viejo, a la edad de 29 años. Parados frente a la tumba, muy solemnes, el profesor y los niños no sabían que bajo la tierra no había nada.

Decidimos salir de allí. Caminamos hasta la salida y nos detuvimos a hablar con el guardia joven que trataba de mirarle la parte de atrás del pantalón apretado a la Gertru.

—Quería hacerle una pregunta —le dije.

—Antes, ¿por qué no me dice el nombre de su hermana? —dijo el guardia sonriendo con cara de avestruz.

—No es mi hermana... es mi novia —le mentí.

El guardia entonces dejó de reírse. No sabía si creerme o no. Pregunté:

—El otro cuidador, al que echaron hace dos semanas.

—Don Anselmo.

—Ese mismo... —pero el guardia me interrumpió antes de seguir.

—No conocíamos mucho al abuelito. Hablaba poco y siempre parecía que andaba enojado, amargado por algo.

—¿Nunca comentó de donde venía? —pregunté.

—Tengo entendido que llevaba varios años aquí. Una vez conversamos. Fue para el dieciocho de septiembre que celebramos aquí en la oficina porque los dos estábamos de turno esa noche. Don Anselmo me contó

que venía de la ciudad de Quillota, allí había vivido sus últimos años antes de llegar a Santiago.

18

La noche siguiente era la gran noche para el Negro Molina. Nos pidió especialmente a la Gertru y a mí que lo acompañáramos al estelar de la televisión. Nosotros dos éramos los más cercanos en Santiago, su familia, como le gustaba decir. La Gertru se arregló toda la tarde. Salió de su pieza con un vestido apretado al cuerpo. Mi mamá al verla levantó una ceja y mi papá dijo:

—Se ve estupenda, Gertrudis, como si fuera usted la que va a aparecer en la tele.

Yo me vestí con la única chaqueta que tengo y que uso para todos los matrimonios, bautizos y licenciaturas. Le pedí colonia a mi papá y me rocié entero. Mi mamá nos llevó en auto hasta el canal de televisión en el barrio Bellavista. Todas las noches el barrio se llenaba de gente extraña que quiere pasarlo bien y de turistas extranjeros que vienen a mirar cómo otros lo pasan bien. Entramos al canal después de que revisaron nuestros

nombres en una lista en la portería. Nos condujeron hasta un estudio donde todo estaba preparado para el «El show debe continuar». Adentro, el público invitado estaba sentado en una gradería corta y también en unas mesas cerca del escenario. En un costado, ensayaba una orquesta. Solo a los más pintosos los dejaban en las mesas, eran los que podían aparecer, aunque fuera por un segundo, en pantalla. Gertrudis avanzó decidida hasta la coordinadora con los fonos en las orejas y le explicó que era muy importante para ella quedar adelante en una de las mesas porque había visto más televisión que cualquiera y eso le daba cierto derecho y experiencia. La coordinadora quedó confundida y sin decir nada nos instaló en una de las mesas con una lámpara chiquita en el centro. Luego nos enseñaron a aplaudir y a reírnos instantáneamente cuando se encendía un letrero luminoso o la coordinadora daba saltos y movía las manos. Debimos ensayar muchas veces. En la mitad de los ensayos apareció Antonio Vodanovic, el animador, que parecía simpático y risueño, aunque cuando la cámara lo dejaba, volvía a retar a su asistente que parecía tener la culpa de todo. Cortaban frente a él y Vodanovic le decía a la asistente:

—Ya pues, Lucy, avívate con el agua mineral, no seas pajarona.

Todos lo escuchábamos. Lucy era gordita, corría por todo el set y aparecía después de un rato con la botella de agua mineral. A la Gertru el animador le pareció estupendo en persona, mejor de como se veía en pantalla.

Rápidamente me aburrí de los ensayos. Avisaron que el programa comenzaba en media hora más. Pensé que los del público se enojarían y protestarían por el retraso. Pero al contrario, parecían felices y dispuestos a quedarse todo el tiempo que fuera necesario en el set, aplaudiendo y riendo cada vez que se los ordenaran. Los únicos que se atrevieron a alegar fueron los del jurado sentados al borde del escenario. Entre el jurado estaba un futbolista con el pelo teñido, un cantante que vivía en México donde, según él, le iba muy bien, un humorista y dos actrices jóvenes de telenovelas. Le pregunté a la Gertru por una de las actrices:

—Vivi Sommer, la de «Amores imposibles».

Era la misma. La reconocí enseguida. La había visto en el funeral de Chucho Malverde con lentes oscuros, allá en el cementerio de Huechuraba.

Entonces, desde el techo, escuchamos la voz del director del programa, una voz ronca que parecía venir del cielo.

—Vamos a tener un último receso de quince minutos y comenzamos —dijo la voz.

La Gertru encogió los hombros y suspiró:

—Así es la televisión.

El falso público se desparramó por el estudio, algunos salieron a los baños y otros a tomarse un café. Los más entusiastas llevaban cuadernos donde coleccionaban autógrafos. A cualquiera que les pareciera famoso lo obligaban a firmar esos cuadernos. Caminé un rato. Entonces vi al final del pasillo aparecer a Vivi Sommer, la actriz, caminando rápidamente hacia una puerta. Se limpiaba los ojos con un pañuelo y apretaba la oreja a un teléfono celular por el que hablaba. No sé por qué la seguí, no tenía por qué hacerlo, pero cuando uno es detective tiene que obedecer a sus intuiciones. Vivi era joven y bonita, con el pelo largo y desordenado. Siguió por un pasillo solitario, al lado de una escalera. Entró a una oficina. Me detuve para darme el tiempo de inventar dos o tres mentiras por si me preguntaba qué andaba haciendo allí. Entonces abrí la puerta con suavidad. Vivi Sommer estaba de espalda y no me escuchó entrar.

Miraba tristemente por la ventana las luces del cerro San Cristóbal y la Virgen iluminada en la cumbre mientras sostenía el celular. Fue solo un instante, pero alcancé a escucharle:

—Te echo de menos, Chucho, no sabes cuánto. Déjame ir a verte...

No alcanzó a decir nada más. Me vio reflejado en el vidrio de la ventana. Se dio vuelta y dijo nerviosa:

—Esta es una oficina privada, no deberías estar aquí.

Había escuchado perfectamente el nombre de Chucho. Me quedé helado, sorprendido.

—¿Estabas hablando con Chucho Malverde? —pregunté confundido y sin medirme.

Ella pareció a punto de llorar y aún más nerviosa dijo:

—¿Quién eres tú? ¿Qué haces aquí?

—Quique Hache. Malverde me contrató para un asunto.

Respiró profundo, como los actores antes de entrar a escena, se apretó la frente con un dedo y dijo.

—Chucho me habló de ti.

—¿O sea que no está muerto? No entiendo nada. ¿Me podrías explicar qué está pasando? —dije asustado y molesto. Ella se

despejó la cara con los dedos y caminó hasta la puerta.

—Otro día. No puedo decirte nada ahora, perdona.

—Pero... ¿Chucho está muerto o está vivo?

—No sé, no sé —dijo la actriz. Pasó a mi lado, su pelo alborotado me rozó la cara y se fue corriendo de vuelta por el pasillo.

19

Ahora sí estaba confundido. ¿Chucho Malverde vivo? ¿Quién era realmente don Anselmo Cherino? ¿Quién había robado los huesos de un caballo muerto?

Volví al set de televisión donde se grababa «El show debe continuar». Por fin comenzó el programa y yo aplaudí como robot, con la cabeza en otra parte. Comenzaron a aparecer los seleccionados en el concurso. De pronto, Vodanovic presentó al Negro. La Gertru explotó en un aplauso exagerado y gritos. Vodanovic se dio cuenta, miró al público un poco turbado, tal vez buscando a Lucy, su asistente, para echarle la culpa.

La orquesta comenzó con los acordes y el Negro Molina permaneció en medio del escenario, rodeado por el círculo de luz de un foco. Se veía bien, con un terno azul y una camisa blanca, igual que Rafael de España. Cantó como nunca, aunque su voz sonaba distinta con el acompañamiento de la orquesta.

Al final, el público aplaudió con ganas. Estaba claro: el mejor era el Negro Molina. Gertrudis, en nuestra mesa, parecía dar las gracias por los aplausos, como si ella también hubiera cantado. Miré al jurado en un costado. Vivi Sommer sonreía a la cámara como si nada hubiera ocurrido.

Después de la competencia apareció un humorista que contó chistes, casi todos repetidos, y a pesar de eso el público se rió igual. Yo pensé: así es la televisión. La cámara a veces pasaba por entre el público, recorría las mesas, entonces Gertrudis Astudillo levantaba el cuello y mostraba el escote.

Llegó la hora de los resultados del concurso. Todos los finalistas subieron al escenario. Dos modelos muy delgadas recogieron la votación del jurado. Era el momento de la verdad. La Gertru comenzó a mover su rosario nerviosa entre los dedos. Vodanovic leyó el tercer y segundo lugar, y todos en el público quedaron conformes con la decisión. La orquesta hizo un redoble de tambores. Vodanovic miró a la cámara como si hablara con alguien. El Negro en el escenario cerró los ojos y también Gertrudis entre el público. Estábamos a un paso de la fama. El Negro se lo merecía porque cantaba igual o mejor que

Rafael de España y además era un buen tipo. Vodanovic entonces anunció la ganadora de San Felipe. El público hizo lo que había hecho durante toda la noche: aplaudió inconscientemente, mientras la coordinadora, detrás de las cámaras, levantaba histérica los brazos. La Gertru y yo nos quedamos paralizados. El nombre que leyó Vodanovic como ganador no era el del Negro Molina. Permanecimos dos largos minutos petrificados, luego, como mantequilla derretida al sol, nos hundimos en nuestras sillas mientras el animador despedía el programa. La ganadora cantó emocionada su canción. Entonces miré al Negro, todavía en el escenario, tratando de sonreír, aunque la sonrisa se le deshacía en la cara y no le salía nunca.

León era de pocas palabras. Tampoco necesitaba hablar mucho en el Hogar Isabelita Astaburuaga del barrio de Santa Familia en el sur de Santiago. Sus padres lo iban a ver los fines de semana. Él mismo consideraba que estaba mejor en el Hogar, donde dormía y asistía al colegio Makario Cotapos a dos cuadras de distancia. El Hogar lo dirigía un cura español, el padre Jaime, fanático del equipo de fútbol Unión Española. Todavía se le notaba el acento, aunque lejanamente, pero él decía que era chileno y que nunca volvería a España. A veces, los domingos, cuando el cura tenía plata, invitaba a todos los niños del Hogar al estadio Santa Laura con la única condición de que gritaran y apoyaran a la Unión.

A León y a Charo los conocí el verano pasado en el Hogar. Los tres éramos buenos amigos desde entonces. Por Charo sentía algo más que amistad, pero no me atrevía a

decírselo. A veces pasaba largo rato planificando mentalmente lo que le diría, pero cuando nos encontrábamos para ir al cine en la multisala del Plaza Vespucio, lo único que hacía era tartamudear y transpirar. El gordo León entonces se daba cuenta, bostezaba y me decía:

—Quique Hache, el cobarde.

Tenía razón, era un cobarde con Charo. Esas vacaciones de invierno ella dejó el Hogar, volvió con sus padres tratando de arreglar sus problemas. Su papá le regaló un pasaje a Iquique y allí se encontraba esas dos semanas. Me escribió una carta en un papel rosado con una tinta de color morado. Me contó lo bien que lo estaba pasando con el sol tibión del norte, mientras en Santiago y el sur del país los temporales no paraban. Decidí entonces escribirle de vuelta. Compré un sobre, papel y un lápiz nuevo para que la letra me saliera perfecta. Pero no logré pasar de la primera línea. No sabía cómo escribirle. Cuando se lo conté a León este dijo:

—Quique Hache, el cobarde.

Esa mañana de domingo, salí por las calles tranquilas de Ñuñoa y subí a una micro que llegó hasta Providencia y atravesó el río Mapocho. El río en verano era un hilo de agua

chocolate y hedionda, pero en invierno corría con fuerza y era ancho y peligroso. Entramos al barrio Bellavista. Preferí bajarme y seguir caminando hasta el canal de televisión. Hacía frío pero no llovía. Por esas mismas puertas del canal salí la noche anterior desilusionado por la derrota del Negro Molina. Más tarde, después de terminado el programa, buscamos al Negro pero no lo encontramos. Desapareció avergonzado por el fracaso. En el colectivo que nos trajo de vuelta, Gertrudis Astudillo no dijo nada, permaneció en silencio mirando por la ventana las calles mojadas. Cuando llegamos a la casa y nos despedimos cada uno entró a su dormitorio, pero antes dijo.

—Qué injusta es a veces la vida, Quique.

Me dormí con un gusto amargo en la boca, a derrota, no solo por el Negro, sino también por Chucho Malverde, el muerto que parecía no estar muerto.

Pero ahora estaba de regreso en las puertas del canal por otra razón. En la entrada encontré niños que daban vueltas con cuadernos de autógrafos, tratando de conseguirlos de actores, animadores, o de quien saliera por la puerta. Sentado en la vereda, serio como siempre, me esperaba el gordo León. Temprano en la mañana hablamos por

teléfono y lo puse al día de los últimos acontecimientos. Cuando terminé de hablar, León dijo que estaba dispuesto a ayudarme pero si lo nombraba inmediatamente ayudante investigativo. Aunque yo no sabía si existía el cargo, estuve de acuerdo y lo nombré por teléfono. Lo envié entonces a vigilar a Vivi Sommer. Por eso me esperaba allí. Nos saludamos y León me lanzó su frase preferida.

—Tengo hambre.

—¿Alguna novedad sobre la actriz?

—Aquí afuera se saben la vida de todos los actores. De Vivi Sommer dicen que será la protagonista principal de la próxima telenovela. No le conocen novio y vive en un departamento en Vitacura.

—No es mucho —dije.

—Hay algo más. Acompáñame a la entrada.

Nos acercamos a los porteros y guardias. No eran los mismos de la noche anterior y no parecían muy amables. Cuando vieron a León, uno de ellos se rascó la cabeza y dijo:

—Otra vez tú. ¿Qué quieres ahora?

León, con cara de antílope, le dijo:

—Que repita lo que me dijo antes, acerca de los fines de semana de Vivi Sommer, la actriz.

—Pero después los dos me despejan el área. Todos los días aquí se llena de estudiantes, vienen a pedir autógrafos y a molestar.

—Se lo prometemos.

—La señorita Sommer no es como las otras actrices, y eso se lo puedo decir yo que conozco a muchas. No se junta con nadie, ni aparece en las fiestas. Los jueves por la tarde se va a la playa. Tiene una casa en Isla Negra, allí se queda solita, al lado de la casa donde vivió el poeta Pablo Neruda.

Nos apartamos y subimos por Santa María buscando una micro de vuelta a mi casa. Cuando le pregunté a León qué significaba lo que habíamos escuchado del guardia del canal, dijo:

—Si Chucho Malverde no esta muerto, y algo tiene que ver con Vivi Sommer, entonces el mejor lugar para esconderse y pasar por muerto es una casa en la playa fuera de Santiago.

—¿Isla Negra? —pregunté sabiendo la respuesta.

—Ahí mismo.

—¿Y cómo sabes que son novios secretos? —le pregunté enviando las deducciones de León. Se quitó del bolsillo una revista. Mostraba distintas fotografías de actores y actrices

jóvenes. Las fotos eran del verano pasado y aparecían todos en trajes de baño. Ahí estaba Vivi Sommer con su cuerpo bonito y bronceado, sentada en una silla de playa. León pasó un dedo hasta llegar al talón de Vivi en la fotografía, allí se distinguía perfectamente una pequeña letra «CH» tatuada en su piel blanca.

Volvimos a almorzar a la casa. En la garita de los guardias de la cuadra encontramos a Vicente, que a veces remplazaba al Negro. Vicente nos informó que el Negro no se presentó a trabajar en todo el día. Se sentía mal, enfermo, y pidió el reemplazo. Ninguno lo dijo pero sabíamos el verdadero motivo de la ausencia del Negro Molina.

La Gertru parecía de luto. Tenía la cara larga hasta el suelo y dijo que no tenía ganas de trabajar ese día. León calentó la comida en el microondas y nos sentamos a comer en la mesa de la cocina. Encendimos el televisor blanco y negro sobre el refrigerador. Le grité a la Gertru que la telenovela brasilera estaba comenzando. Ella apareció después de diez minutos con cara de cocodrilo. Me miró como si hubiera hecho algo grave y estúpido al llamarla. No dijo nada, solo me ametralló con la mirada, y luego volvió a encerrarse en su dormitorio el resto de la tarde.

Mientras mirábamos la televisión, León me indicó la ventana del patio. Detrás del cerco apareció un pañuelo blanco que se movía haciendo señales, como si alguien se rindiera o quisiera llamar la atención. Nos quedamos mirando sin entender. Salimos al patio y yo subí al cerco. Al otro lado estaba el Negro, con el pañuelo blanco en la mano como si bailara cueca y con una cara de ornitorrinco que daba una tremenda pena.

—No sabía cómo hablar contigo, Quique, para que no se enterara Gertrudis.

Salté al otro lado del cerco y caminamos hasta el parque Juan XXIII. Nos sentamos cerca de las piedras del anfiteatro griego, mientras las nanas de las casas del barrio paseaban a abuelitos en sillas de ruedas que miraban fijo el horizonte.

—¿Está muy enojada? —preguntó el Negro de inicio.

—¿La Gertru? No. Nada que ver, cómo se va a enojar ella —dije sin saber qué decía en realidad—. Fue injusto que no ganaras, Negro, eras lejos el mejor de todos —traté de darle ánimo.

—Así son esos asuntos —se conformó él—, pero me ha servido para darme cuenta de algo, de algo importante.

—¿Qué sería?

—No sirvo para eso de cantante famoso, de eso me he dado cuenta.

—Pero... —traté de detenerlo y decirle que no tenía razón, que todo era culpa de la mala suerte.

—En serio —dijo—, fue un bonito sueño, pero nada más. Llegué con muchas ilusiones a Santiago creyendo que las cosas me resultarían fácilmente. Me matriculé para estudiar electrónica en un instituto, pero tuve que abandonar la carrera antes de empezar y trabajar de guardia. Y ahora, esto de la tele...

—Pero no puedes decepcionarte tan rápido, Negro, recién en la partida.

—Más encima decepciono a la Gertru, la mujer que amo. Después de lo de anoche no debe querer verme más.

—Nada que ver, ella no es interesada —dije, aunque tampoco podía asegurarlo y lo dije solo para calmar al Negro.

—No la culparía si cree que soy un fracasado porque eso es lo que soy: un fracasado. Por eso me voy, Quique, me voy de vuelta a Rancagua a ayudar a mi papá en su negocio. Me quería despedir de ti.

No sabía qué decir. Todos fracasamos alguna vez. Mejor dicho, todos fracasamos a

cada rato. Yo, por ejemplo, soy un fracasado permanente. Pero el Negro además estaba dolido, decepcionado de sí mismo y eso era difícil de aceptar. Se ilusionó y se vino abajo de una sola vez.

—Qué quieres que te diga, Negro —me atreví a argumentar después de un largo silencio— piénsalo mejor, con más calma.

—No hay caso.

—¿Y no vas a decirle nada a la Gertru? ¿No te vas a despedir de ella?

—Ese es el último favor que te voy a pedir, Quique —me mostró un sobre cerrado que salió del bolsillo de su pantalón—. Quiero que le entregues esta carta y le digas chao por mí.

El sábado siguiente, León y yo conseguimos irnos a la costa. Tuve que convencer a mi hermana para que nos llevara. Todos los sábados o domingos ella acompañaba a Lulo Letelier a Santo Domingo. Lulo es Luis Emilio Letelier, pero todos le dicen Lulo. Lulo era el novio de mi hermana desde hacía cuatro meses. Todos en la casa sabíamos que los novios de mi hermana eran como los yogures, con fecha de vencimiento; su duración no alcanzaba más allá de seis meses. Por eso todos soportábamos a Lulo en la casa porque no le quedaban más de dos meses de vida con mi hermana. No estaba bien hablar mal del pololo de mi hermana, lo tenía claro, pero Lulo, aparte de cualquier oculta virtud, era insostenible. Hacía unos años, mientras estudiaba ingeniería en la universidad, había creado con un amigo una pequeña empresa de internet que fue creciendo. Su meta era convertirse en millonario antes de cumplir 28

años. Lulo nació sin suficiente simpatía, pero era un genio indiscutible para los negocios. Mi hermana, misteriosamente, se derretía por él, aunque nadie sabía por qué. Entonces, todos los sábados se iban juntos en una gran camioneta a la casa de los papás de Lulo en la playa.

Mi hermana sospechó enseguida que algo tramábamos León y yo. Me preguntó qué queríamos hacer en el litoral. Le respondí entonces que necesitaba aire fresco. No me creyó, pero al final aceptó llevarnos.

Subimos a esa gran camioneta que tronaba cuando se encendía el motor. Tuvimos que soportar a Lulo casi todo el camino hablando de los atributos que tenía su camioneta, la que compró con su trabajo antes de los 23 años. La otra mitad del viaje la ocupó mi hermana retando a Lulo por excederse constantemente del límite de velocidad en carretera.

Una hora y media después llegamos a Santo Domingo en el litoral central. En invierno el mar se veía triste. El día estaba particularmente frío y nublado. Nos deshicimos rápidamente de la doble pesadilla que eran Lulo y mi hermana y subimos a una micro costera que se fue deteniendo en todos los pueblos del litoral, siguiendo el camino paralelo

al mar. La micro llevaba la radio encendida con música tropical alegre, que de pasada nos alegraba a todos los pasajeros. El conductor cantaba y los pasajeros le gritaban riendo que dejara mejor cantar a la radio.

La micro al fin se detuvo. El chofer cantor miró por el espejo arriba de su cabeza y nos dijo a León y a mí:

—Isla Negra, hogar del poeta señor Pablo Neruda.

Caminamos entre los quioscos de artesanía. Bajamos por la calle de tierra hacia la playa, acompañados de turistas con máquinas fotográficas y libros de poesía bajo el brazo. León entonces preguntó:

—¿Es importante Neruda?

Miré a León con cara de elefante y le expliqué que había ganado el Premio Nobel de Literatura, que era como ganar medalla de oro en las olimpiadas de literatura y que su casa ahora era un museo al lado del mar. Después no dije nada más porque me di cuenta que tampoco sabía nada más sobre Pablo Neruda, nunca había leído un libro suyo, a excepción de los versos que le enviaba un novio a la Gertru y que decía que los escribía él, pero que se los copiaba a Pablo Neruda. Seguimos a los turistas que caminaban lentamente

bajando la calle, como si se acercaran a una iglesia. La casa de Neruda era bonita, extraña. Era difícil imaginar que alguien hubiera vivido allí con tanto desorden: mascarones de barco, conchas marinas, botellas, caballos de madera. Lo primero que pensé al entrar fue en mi mamá. Ella no hubiera resistido ese desorden y le hubiera echado a la basura todo lo que coleccionaba el pobre Pablo Neruda.

Al salir del museo, León compró un libro de poesía del dueño de la casa y comenzó a leerlo mientras caminábamos por la calle de tierra sombreada de árboles. El mar estaba muy cerca, a un paso, y olimos su frescura. La mayoría de las casas cercanas estaban cerradas en invierno. Llegamos hasta un quiosco que estaba muy bien abastecido. Compramos una caja de leche con sabor a plátano, dos manzanas rojas y un paquete de galletas obleas. Fue nuestro almuerzo. Sentados en una piedra comimos, pero León no quiso hablar conmigo porque estaba ocupado leyendo su libro de poesía. Le pregunté entonces a la dueña del quiosco si conocía la casa de la actriz Vivi Sommer. Todos en Isla Negra sabían, me dijo, solo a unas cuadradas de la casa de Pablo Neruda, por otra de las calles que bajaban al mar. Allí llegamos, finalmente. En

la entrada nos encontramos con un jeep estacionado. Al otro lado de la casa estaba la playa. Decidimos bajar hasta allí, vigilar y esperar. Adentro no se veía nada. Las ventanas eran pequeñas, estaban cerradas y con las cortinas corridas. De pronto, se abrió la puerta y salió Vivi Sommer, con el pelo mojado, moviendo alegremente las llaves de su auto entre los dedos. Parecía feliz y le sonrió a las flores de su jardín antes de subir al jeep y perderse al final de la calle. León y yo nos miramos y no dijimos nada. Nos acercamos casi arrastrándonos a la casa. Mientras tanto, en la playa, un grupo de turistas extranjeros se fotografiaba con el mar de fondo, un guía local les indicaba a lo lejos la casa del poeta y decía en un pésimo inglés: «Neruda jause, poet of Chile». Nos dividimos. León se acercó por la ventana de la calle y yo por delante. Rodeamos el lugar espiando por las ventanas. Adentro, parecía que nada se movía. Seguí hasta que llegué a un patio chiquito, cubierto de enredaderas y sillas de playa. Entonces vi a León con cara de rinoceronte. Traspiraba. Cuando me acerqué me di cuenta que no estaba solo. Chucho Malverde lo apuntaba con una pistola. Me miró a los ojos y dijo:

—Pero si es Quique Hache, el detective.

23

Chucho Malverde guardó la pistola y pidió disculpas por apuntarnos, pero se sentía amenazado, dijo. Después fue a la cocina y regresó con unos vasos de coca-cola. Volví a ver sus botas rojas de vaquero. Estaba vestido igual que la última vez y por un momento pensé que se trataba de un fantasma.

Estábamos los tres sentados en las sillas de playa mirando el mar, frente a tres vasos de coca-cola. Era una tarde apacible. A veces las nubes se movían y dejaban entrar *un rayo de sol; entonces el mar cambiaba de color, del verde al azul*. Entonces, Chucho comenzó a hablar. Mientras sostenía su vaso, sin beber, nos contó de su muerte falsa y de por qué estaba escondido en la casa de playa de Vivi Sommer.

Desde antes de llamarme para que me hiciera cargo del robo de los restos del caballo Huaso, Chucho sabía que algo extraño y oscuro ocurría. Años antes, su padre, don

Aladino Malverde, lo había enviado a estudiar comercio a Inglaterra. Pero Chucho definitivamente no servía para los estudios y su principal preocupación era divertirse. En Londres hizo lo mismo que hacía en Chile, es decir nada, nada más que pasarlo bien.

Yo ya me conocía esta parte de la historia y quería que llegara a cosas más sustanciales. Pero no dije nada y seguí escuchando.

Rápidamente Chucho conoció a gente importante y se hizo de buenos amigos. Vivió en fiestas, comidas y montando a caballo durante años. Así no solo conoció al príncipe Carlos de Inglaterra, sino a una serie de personajes influyentes. Después de un partido de polo en el campo de un millonario que todos llamaban el Mariscal, fue invitado a comer. El Mariscal era un hombre alegre. Tenía grandes establos y pesebreras con caballos, los mejores del mundo. Ese día, durante la comida, Chucho tomó más de la cuenta y no dejó de hablar, transformándose en el centro de atracción. Alguien entonces mencionó a un famoso equitador británico. Chucho intervino y les informó lo que pocos sabían: el récord de salto alto pertenecía a un jinete chileno y la marca no era aún superada desde fines de los años cuarenta. Pocos le creyeron.

Una semana más tarde, el Mariscal invitó a Chucho otra vez a su campo. Quería conocer más detalles del salto del capitán Larraguibel. Chucho pidió urgentemente que le enviaran datos desde Chile y se los entregó con gusto al Mariscal. Finalmente fue citado por tercera vez a la parcela, y el Mariscal le propuso entonces un plan descabellado: quería crear un caballo perfecto. Todo su dinero lo invertía en caballos. Mantenía permanentemente contratado a un grupo de científicos que estudiaban los genes de los animales. Necesitaban entonces estudiar a Huaso porque sus restos les proporcionarían la información que necesitaban. Al principio, Chucho se rió del proyecto, pero luego de que el Mariscal le mostrara un cheque con una enorme cifra de dinero, cambió de opinión. El Mariscal le prometió doblar la cantidad del cheque una vez que tuviera en su poder los restos del caballo embarcado desde Valparaíso con destino a Liverpool. Chucho le dijo que lo pensaría.

Dos semanas después, Chucho debió regresar a Chile. Su padre estaba muy enfermo. Antes de partir de Inglaterra, visitó al Mariscal y aceptó el ofrecimiento. Se guardó el cheque en un bolsillo y de regreso lo depositó en un banco de Santiago.

Pocas semanas después, don Aladino murió. Con el dinero del Mariscal logró estabilizar las finanzas de los supermercados, que parecieron derrumbarse con la muerte de don Aladino Malverde. Pero también tenía que cumplir su parte del trato con el Mariscal. A Chucho se le ocurrió una idea. A través de sus contactos consiguió que lo nombraran director del Club Ecuestre de La Reina. Su primera medida como director fue tramitar el traslado de los restos de Huaso desde el cementerio de animales del regimiento de caballería de Quillota, donde el caballo había vivido sus últimos años de vida. Después de muchos trámites y órdenes, consiguió que el ejército permitiera el traslado a Santiago, como un homenaje a la hazaña. Pero Chucho se dejó estar y ya habían pasado cuatro años. En Inglaterra el Mariscal estaba impaciente y llamaba a Chucho constantemente. Cuando Chucho se disponía por fin a desenterrar los restos para cumplir con el encargo, alguien se le adelantó, cavó en la tumba del caballo y la dejó vacía. El Mariscal se enteró, se puso furioso y envió a sus hombres a Santiago. Chucho no sabía qué hacer. Los hombres del Mariscal eran profesionales y peligrosos. Chucho no tenía dinero para devolver lo pagado

y tampoco tenía a Huaso. Ese fin de semana Chucho me contrató, pero nuestra conversación no lo dejó tranquilo. Se puso peor cuando los gringos lo visitaron esa misma tarde y lo amenazaron. Subió a su refugio de Farellones a meditar qué haría a continuación. Cuando venía de regreso, se le ocurrió un plan de emergencia. Desbarrancó el automóvil que manejaba, quemándolo completamente al fondo de una quebrada. Organizó su supuesta muerte con empleados que lo conocían. Todos debían creer que estaba muerto mientras él se refugiaba en Isla Negra, en la casa de la joven actriz de telenovelas con la que mantenía un romance secreto.

—Esta es la casa de la Vivi y por ahora pienso quedarme escondido aquí —dijo con la voz quebrada. Se notaba que no sabía qué hacer, tenía miedo y ninguna idea clara para resolver el problema

Así terminó de hablar Chucho Malverde. León y yo nos quedamos en silencio. Vimos pasar un barco en el horizonte y un pelícano se zambulló como piedra en el mar.

El viaje de regreso a Santiago fue peor que el de ida. Lulo habló sin parar sobre el próximo auto que se compraría en el verano, una camioneta, la misma que tenía Iván Zamorano. León se durmió rápidamente con las explicaciones y despertó cuando comenzábamos a entrar por la Alameda. Yo fingía escuchar a Lulo, pero en realidad analizaba la confesión de Chucho Malverde en Isla Negra. Lo mejor para él era permanecer escondido en la casa de la playa. Allí estaría seguro. No quise contarle nada sobre el cuidador del Club Ecuestre para no complicar más las cosas. Don Anselmo tenía un extraño pasado que lo conectaba de algún modo con todo lo que estaba ocurriendo.

León prefirió dormir en mi casa. Llegó con hambre así que asaltó el refrigerador. Cuando me acerqué al dormitorio de Gertrudis para saludarla, la encontré llorando sentada al borde de la cama, con un rosario blanco

y negro y una fotografía donde aparecía el Negro Molina y ella en el cerro San Cristóbal. Sobre el velador estaba la carta que yo mismo le entregué de parte del Negro. Preferí no decir nada y me senté a su lado. Le acaricié su pelo largo, negro y suavcito que se lavaba con un champú especial de hierbas. Traté de inventar una frase bonita para consolarla, pero no se me ocurrió nada original. Al final me quedé callado, mientras escuchábamos a lo lejos, en el televisor de mi hermana, a alguien cantar un tema romántico que hizo llorar con más ganas a la Gertru.

Ese día domingo, todos parecían cansados y sin ganas de hacer nada. Mi mamá se fue a misa de domingo y mi papá a jugar fútbol con sus compañeros de oficina en la liga Roble Viejo. Jugaban solo la mitad del tiempo reglamentario y luego se sentaban a conversar en una parcela de Chicureo. A veces teníamos que ir a buscar a mi papá a la parcela porque se esguinzaba. A pesar de esos inconvenientes deportivos, mi papá no cambiaba por nada sus partidos de fútbol del domingo por la mañana. Allí se juntaba con sus amigos a hablar y a reírse con desesperación de los chistes malos que cuentan los hombres cuando les empiezan a salir canas.

La Gertru estaba triste y desapareció de la casa. Cuando uno está así lo mejor es que nadie moleste con preguntas. León y yo nos fuimos a caminar por avenida Grecia hasta la rotonda y luego regresamos cansados y con frío. En la casa no había nada para comer. Mi mamá y mi hermana decidieron salir a comer a un naturista en Providencia. Como la palabra «naturista» asustaba a León, pedimos por teléfono una pizza gigante y nos sentamos en el living a ver cómo jugaban golf en un canal de deportes en el cable. El golf por televisión puede parecer aburrido, pero no lo es. No hay que saber demasiado para entender el golf. Con un palo se lleva una pelota a golpes por 18 hoyos pequeñitos. Fácil. Esa tarde me di cuenta de algo: no hay nada más que saber acerca del golf.

Después de comer, León se durmió en el sofá.

Sonó el teléfono y lo contesté. Al otro lado una voz extraña dijo:

—Cuídate, Hache, te estamos vigilando. Te puede pasar lo mismo que a Chucho Malverde.

Yo quedé aterrado con la llamada. Durante media hora apenas me moví. Nunca había recibido una amenaza y la primera vez asusta. Salí a dar una vuelta por la cuadra para

relajarme. Antes de llegar a la garita de los guardias vi al Negro que se acercaba medio escondido debajo de su chaquetón marinerito. Traía cara de gorrión, es decir de felicidad. Extendió los brazos como si quisiera abrazarme. Yo arrugué la nariz. No estaba para demostraciones exageradas de cariño.

—Quique —dijo efusivamente.

—¿Qué? —le respondí asustado.

—Me caso.

No entendí al principio a qué se refería. Por un momento pensé que lo ocurrido esa otra noche en el canal de televisión lo había trastornado.

—Me caso —volvió a repetir.

—¿Cómo? ¿Te casas de matrimonio? —pregunté idiotamente.

—Se me acabaron las penas, Quique, en dos meses más me caso con Gertrudis Astudillo, acabo de hablar con ella y nos pusimos de acuerdo.

Tarde en la noche, recibí una llamada telefónica. Era la mujer de Bombo. Me contó que su marido seguía en el hospital, pero recuperándose, y en una semana más esperaban darle de alta. Bombo quería conversar conmigo, era importante. Prometí que pasaría por el hospital al día siguiente.

Por la tarde del lunes caminé por Irarrázaval. Desde que era niño chico caminaba por esa avenida y me iba a comprar helados frente a la plaza Armenia. Unos helados que me parecían grandiosos pero que ahora no son tan buenos y que nadie compra en invierno. Las cosas han cambiado en el barrio: las veredas de las calles están llenas de vendedores ambulantes y de señoras que venden cebollas, zanahorias y apio, todo picado en bolsas de plástico. Antes iba al cine California, pero ahora está cerrado.

Entré en el caracol de Irarrázaval con Pedro de Valdivia, lleno de peluquerías, corretores de propiedades y sastrerías. En el segundo piso encontré Weblandia y a Mario Lagos vendiendo computadores armados por él mismo, y toda clase de juegos y programas a mitad de precio. Conocí a Mario Lagos cuando vinieron a instalar el computador a la casa. Me ofreció su contrabando de software pirateados y

programas creados por él para pagar menos por la conexión a la red. Me pareció que todo lo que me ofrecía era algo ilegal, aunque no estaba seguro. Le dije que solo aceptaba un disco con 100 juegos, que luego me hicieron perder el tiempo durante un mes. Desde ese día, Mario se transformó en mi consejero tecnológico. Él creía que la única forma de rebelarse contra el sistema no estaba en la música, ni en la política, sino en la red. A veces cometía algunos delitos menores con su computador y módem, pero nada que produjera mucho daño. No podía decir que estaba de acuerdo con las ideas de Mario Lagos, pero lo entendía. Me gustaba su posición luchadora. No sé por qué, pero yo sabía que nunca sería como él, simplemente porque éramos diferentes.

Subí esa tarde el edificio caracol, hasta el local de Mario. Nos saludamos y él prefirió cerrar la tienda para que no nos molestaran. Por la mañana le avisé por teléfono que iría a verlo y me estaba esperando. El local era estrecho, lleno de computadores usados y piezas desparramadas. Pasamos entonces a una habitación del fondo donde tenía un computador más poderoso, su favorito por el momento. Mario indicó el computador sonriendo:

—Mi hijo —murmuró.

Nos sentamos frente a la pantalla. Mario se iluminó y comenzó a trabajar sobre el teclado como si fuera un concertista en piano. Y me preguntó:

—¿Qué quieres?

—Anselmo Cherino —respondí—. Solo tengo su nombre y apellido.

—Vivo, o incluso muerto, lo podemos encontrar en la web —dijo.

Daba gusto ver a Lagos trabajar en su computador. En la pantalla no aparecían páginas de colores o de diseños bonitos. Ese no era el camino que utilizaba alguien experto como él para entrar a lugares prohibidos. La pantalla estaba negra y solo aparecían signos y números que corrían hacia abajo. Mario parecía entender lo que hacía y no me preocupé. Durante una hora no tuvimos resultados. Anselmo Cherino parecía no existir: no pagaba sus impuestos, no tenía tarjetas de crédito, no viajaba, no votaba en las elecciones. Descansamos un rato comiéndonos unos sándwiches de queso con un vaso de coca-cola y luego volvimos al computador. Revisamos listas de jubilaciones y ahí, por fin, lo encontramos. A Anselmo Cherino le pagaban todos los meses un cheque como jubilado del Ejército. El domicilio adonde le era enviado el cheque

correspondía a una dirección en la ciudad de Quillota. Lo habíamos descubierto.

Mario Lagos estaba cansado después de la búsqueda. Usaba unos gruesos anteojos que lo hacían verse como un buzo submarino. Entonces dejó que me sentara frente al computador, tecleé en un buscador, el mismo que usaba para hacer mis tareas en el colegio. Escribí «Huaso», pero no dio resultado. Volví a intentarlo con «Huaso+caballo». Entré entonces al menú principal de la Federación Ecuestre de Chile. Encontré la información del salto histórico del 5 de febrero de 1949. Nada nuevo que no conociera. Tenían una pequeña biografía de Huaso. Su primer nombre no fue Huaso sino Faithful. Fue comprado en los años 40 por el Ejército a través del jefe de la Escuela de Equitación, el mayor Rafael Monti. Después del salto que lo hizo famoso, Huaso fue enviado a la Escuela de Caballería de Quillota donde tenía el privilegio de pasearse sin que nadie lo molestara. El 24 de agosto de 1961 murió a los 29 años de edad. Fue enterrado en el cementerio de animales del regimiento, del cual fue trasladado más tarde. En toda esa información un nombre se repetía y relacionaba a Huaso y a Anselmo Cherino, el nombre de una ciudad: Quillota.

Comenzó otra vez a llover, lentamente al principio y luego sin control. A mí me gusta la lluvia, es triste, pero limpia las calles y el aire. Regresé tarde caminando desde la oficina de Mario Lagos. Bajé por Jorge Washington hasta la plaza Ñuñoa. La lluvia no se detenía, pero confiaba en mi parka y preferí caminar de regreso a mi casa. Doblé por Dublé Almeyda hacia el oriente. Detrás de mí apareció entonces una camioneta que conocía, se detuvo en un semáforo, luego aceleró y sus neumáticos resbalaron en el pavimento con un chillido. Venía directamente hacia mí. Corrí por la vereda espantado. La calle estaba vacía y oscura. Sentí cómo aceleraba barriendo el piso de agua y cemento. Corrí con ganas y miedo. La camioneta pasó muy cerca, con la mitad de las ruedas sobre la vereda. Quedé apretado en la pared, inmovilizado de miedo. Retrocedió y volvió a quedar frente a mí. No se veía a nadie más en la calle, solo la

lluvia que caía sin importarle nada de lo que me pasaba. La cortina densa de agua no permitía ver a quien estaba detrás del volante. Otra vez aceleró quemando los neumáticos, pero no alcanzó a avanzar. Un ruido seco la detuvo; un objeto grande y pesado se clavó en medio del parabrisas. El vidrio se astilló completamente pero no cayó. La camioneta entonces aceleró por última vez, pero siguiendo la calle, huyendo del lugar. Miré hacia el lado y allí estaba León con otra gran piedra en la mano.

—Vámonos —me gritó.

Regresamos corriendo a la plaza. En un bar encontramos universitarios tomando vino caliente. Nos sentamos, ambos agitados. No podíamos comprar cerveza, que era lo más adecuado para el bar, así que, avergonzados, pedimos una bilz y una pap para cada uno. León aprovechó y agregó un completo gigante con mayonesa. Se llevó la mitad del completo a la boca y dijo:

—Esto se está poniendo grave, mejor llamamos a los carabineros y les contamos todo.

Tenía razón. Pero no podía traicionar a Chucho Malverde; él me contrató y no podía decepcionarlo.

—Tenemos que ir a Quillota —dije.

—¿Qué hay allí?

—Allí vamos a encontrar a Anselmo Cherino, allí está la punta para desenredar la madeja.

León eructó suavemente, se apretó el estómago con los dedos y dijo:

—Qué bueno está este completo.

27

Fue al día siguiente, después de que intentaran atropellarme: León llegó a la casa traspirando, traía *La Segunda*. Me la entregó agitado, sin poder respirar ni hablar. La noticia estaba en la segunda página. Habían encontrado el cadáver de un hombre en la playa de Santo Domingo. Al principio no entendí lo que León trataba de decirme. Me indicó la fotografía. Se veía el cadáver cubierto con una sábana en la arena de la playa, pero la sábana no alcanzaba a cubrir los zapatos del muerto: botas vaqueras rojas que conocía muy bien, las botas de piel de serpiente de Chucho Malverde. En el diario no precisaban aún la identidad del ahogado. Sentí que el corazón se me aceleraba y que mi cara pasaba a un pálido absoluto. Corrí a marcar el número de teléfono de Vivi Sommer, pero nadie me contestó. Lo intentamos con los teléfonos del canal de televisión. Hablé con varias secretarías, hasta que llegué a la más cercana, la que

atendía todos los asuntos de los actores. Me informó que Vivi Sommer estaba de vacaciones indefinidamente. No se sentía bien, hizo sus maletas y ahora estaba viajando a la isla Juan Fernández.

—¿Qué va a ocurrir cuando descubran que el muerto era otro muerto? —preguntó León.

—No lo sé. Antes tenemos que saber quién es realmente Anselmo Cherino, allí está la clave para entender todo esto.

No quise salir de la casa por la tarde. Estaba triste por Chucho. Parecía que ahora de verdad se había muerto. Tal vez no valía la pena seguir con la investigación. Los hombres que supuestamente mataron por segunda vez a Malverde eran los mismos que me buscaban a mí, creyendo que yo sabía del caballo perdido.

A media tarde la Gertru golpeó la puerta de mi dormitorio. Preparó picarones con chancaca porque quería reconciliarse conmigo y contarme de su matrimonio. No habíamos tenido tiempo de hablar. Le costó llegar al tema y cuando lo hizo, enseguida la detuve:

—Lo sé todo, Gertru, el Negro me lo contó.

—¿Qué te contó?

—Que te casabas con él en dos meses más.

—Era hora de que tomara esa decisión. Tal vez el Negro no sea el príncipe azul que yo esperaba, pero está cerca de serlo.

—El Negro está bien —dije.

—Igual me da miedo casarme.

En algún momento en una conversación con una mujer, cualquiera, sea mi mamá, mi hermana, mi nana, siempre se llega a ese punto, a esa parte fatal: el miedo. A las mujeres casi todo les da miedo: cruzar la calle, clavar un clavo, saltar en bungee, los gatos negros atravesando por delante, un callejón oscuro. No es que a los hombres no nos dé miedo, el problema es que las mujeres le echan la culpa al miedo. Entonces le dije:

—Si te da miedo, ¿para qué te casas? Además casada no vas a poder seguir trabajando aquí y quizás no nos veamos nunca más.

Entonces a ella se le llenaron los ojos de lágrimas y dijo:

—Cómo los voy a dejar a ustedes, Quiquito, eso nunca, igual trabajo aquí.

Se acercó a mí y me dio un abrazo pegajoso. Yo sé que lo hacía con toda buena intención. Lo que no sabía en esa ocasión era

que yo necesitaba urgentemente un abrazo de ese tipo, que me hiciera olvidar todos los otros problemas en los que estaba metido.

28

Recibí una llamada de León. No tenía muchas monedas para echarle al teléfono público, así que fue breve. Me llamaba desde una calle escondida detrás del shopping de Vitacura.

Llegué en veinte minutos a la cancha de patinaje del shopping donde habíamos acordado encontrarnos. Caminamos hasta la calle corta que queda por detrás, y de allí hasta el edificio con balcones de flores. Cuando entramos, el conserje nos detuvo con *cara de puma. Mientras León conversaba con* el conserje, me fijé en el recibidor. Era un saloncito bien decorado con sillones que imitaba el living de una casa, pero nadie lo ocupaba, estaba allí solo para dar una buena impresión. El conserje nos pidió algunos pesos para confirmar si Vivi Sommer se encontraba o no en su departamento. Le entregué de malas ganas el único billete que llevaba. El conserje sonrió cínicamente.

—¿Está arriba? —pregunté.

—No precisamente arriba. La señorita Sommer vive en el primer piso y desde hace dos días, no sale. Ahora mismo se encuentra en el gimnasio del edificio, al final del pasillo.

Recorrimos el pasillo. Encontramos la sala con máquinas de ejercicios, pesas, trotadoras. Arriba de una bicicleta estática estaba Vivi Sommer pedaleando sin llegar a ninguna parte. Cuando nos vio, abrió los ojos desmesuradamente, saltó ágilmente de la bicicleta y corrió hasta una de las puertas de vidrio que conectaban con el estacionamiento y jardines interiores del edificio. La seguimos sin entender por qué huía. Subió a su jeep y dobló hasta la salida sin que la pudiéramos alcanzar.

—¿Por qué escapó? —preguntó León. Me encogí de hombros porque no lo sabía.

Regresamos por el patio interior buscando el balcón de Vivi Sommer. Solo existían dos departamentos en el primer piso y en uno reconocimos, detrás de la ventana, al hombre del tiempo de un canal de televisión que miraba aburrido un macetero de flores. Saltamos al pequeño balcón del otro departamento. Encontramos la puerta de vidrio abierta. Estaba alfombrado y lleno de artesanías mexicanas.

En la pared había fotografías donde aparecía Vivi Sommer abrazada con Don Francisco y en otra con el actor Jaime Vadell, que tanto le gustaba a mi mamá. Sobre la mesa de un escritorio encontré las mismas fotocopias de recortes de prensa del año 49 que mostraban el salto de Larraguibel montando a Huaso, y que yo conocía gracias al envío de don Anselmo. En una fotocopia de otro tipo aparecía el recibo de la jubilación mensual de Anselmo Cherino. Con destacador amarillo se indicaba la dirección de Quillota, la misma que yo obtuve navegando con Mario Lagos por la red. Entonces León me apuró, debíamos salir enseguida del departamento porque el hombre del tiempo, en el departamento del frente, marcaba un número telefónico mirándonos asustado, creyendo sin duda que estábamos allí robando. Antes de salir, miré otra fotografía en la pared. Aparecía Vivi Sommer con un vestido largo y espectacular entrando a un teatro. Alrededor se veían periodistas y fotógrafos que la acosaban. Ella sonreía tratando de avanzar protegida por dos guardaespaldas. Eran los dos hombres rubios que yo conocía, los mismos que nos atacaron una noche a Bombo y a mí.

Tomamos una micro que nos dejó en

plaza Italia. Caminamos por el parque Forestal conversando si acaso valía la pena continuar arriesgándonos por un caso que ya no era ni caso.

29

León volvió al Hogar y yo regresé a mi casa. Esa noche soñé con Chucho Malverde, con sus botas rojas de vaquero, con su cara triste y el pelo largo y desordenado. En el sueño me decía: «Ahora sí estoy muerto, no hay vuelta». Cuando desperté, me dio miedo. Quería contarle todo de una vez a la Gertru, pero preferí no hacerlo porque la veía preocupada y feliz con los preparativos de su matrimonio. Mi mamá era la única de la casa que no estaba de acuerdo con el matrimonio, decía que era muy joven para casarse, todavía tenía que «vivir la vida» y, por último, que el Negro no tenía un trabajo estable para mantenerla. Mi papá prefería no opinar al respecto y decía: «En problemas de mujeres no me meto». Mi hermana trataba de machista a mi papá. El Negro decía que «estaba enamorado hasta las patas». Lulo, el pololo de mi hermana, hablaba de automóviles. Todos tenían una opinión o algo que hacer o decir, en

cambio yo, no decía nada y solo pensaba en muertos y caballos fantasmas.

El día jueves por la mañana, León me pasó a buscar temprano y nos fuimos en una micro hasta el terminal de buses. Íbamos a Quillota para resolver de una vez el misterio de don Anselmo y los huesos de un caballo.

El bus atravesó lentamente las calles de Santiago hasta encontrar la salida por la Panamericana Norte. Antes de partir, León se quedó dormido. La carretera era larga y aburrida. León roncaba y una señora que leía una revista en el asiento de adelante lo hacía callar.

Los padres de León habían tratado de juntarse varias veces y rearmar su matrimonio, pero los intentos no habían dado resultados. El papá vivía en Buin desde hacía un año y trabajaba en una exportadora de manzanas. La mamá era enfermera en una clínica. León prefería quedarse en el Hogar de Santa Familia. Estaba acostumbrado al lugar, aunque soñaba con que su verdadera casa se recompusiera alguna vez. Los padres de León no se odiaban ni peleaban, simplemente no se entendían y hacía mucho tiempo que se habían dejado de querer. Era como unir una taza quebrada con esas gotitas que lo pegan todo, parece que queda igual, pero no queda igual.

Me alegré cuando despertó León, media hora después de partir. Así podríamos conversar y acortar el viaje, pero antes de que yo pudiera hablar, me detuvo con un gesto, me mostró su libro de poesía de Pablo Neruda y dijo:

—Voy a leer.

León estaba convertido en un experto, decía que más adelante, cuando le bajara la inspiración, escribiría poemas.

No tuve otra opción. Seguí el resto del viaje pensando, mirando el paisaje seco por la ventana, jugando gatos mentales conmigo mismo para no aburrirme.

La primera parada del bus fue Llay-Llay. Como el bus no llevaba baño casi todos bajamos a un restaurante y pagamos cien pesos por ocupar sus baños. León permaneció arriba del bus leyendo su libro. Compré dos latas de bebidas y volví a subir. El bus partió. Un pasajero no se enteró a tiempo y perdió el bus; solo nos dimos cuenta cuando una viejecita comenzó a gritar:

—Mi viejo se quedó en Llay-Llay, tenemos que volver a buscarlo.

El escándalo fue grande. Unos pasajeros retaban al chofer por irresponsable y otros querían seguir el viaje para no demorar.

Al final, regresamos a toda máquina. Recogimos al viejo que estaba sentado en la plaza de Llay-Llay conversando alegremente con una mujer joven. Seguimos adelante, entre cerros con cactus, rocas sobresalientes y cerros secos como en las películas del oeste.

El bus entró luego a La Calera. Allí se bajó la pareja de viejos peleando y reclamando por el mal rato.

Media hora después entramos en Quillota. Era una ciudad chica, con casas bajas y calles largas donde se atoraban los autos porque no estaba diseñada para resistir el excesivo tráfico.

Miré mi reloj. Eran las tres y media de la tarde. Tenía todo calculado y con tiempo, según el plan. León bajó del bus con hambre. No alcanzamos a almorzar antes del viaje y el desayuno estaba lejos. Entramos al primer restaurante que encontramos. Pedimos papas fritas, un plato grande para cada uno. Mientras almorzábamos, en el televisor apareció la cara de Chucho Malverde en una fotografía. El locutor leyó: «Joven empresario muere dos veces». Con León nos miramos en silencio.

Cuando salimos del lugar, León preguntó:

—¿Adónde vamos ahora?

—A la casa de Anselmo Cherino.

30

Frente a la iglesia San Francisco de Quillota encontramos un monolito que recordaba a Pedro Aguirre Cerda, un presidente de la república de hacía muchos años. Abajo del monolito se podía leer lo siguiente: «Gobernar es educar», que era el eslogan del presidente Aguirre Cerda. A mí la frase me gustaba, aunque no estaba muy seguro de qué significaba. Preguntamos por la dirección que llevábamos anotada en un papel, la calle era San Martín, una de las importantes del centro de Quillota, pero el número exacto que buscábamos estaba alejado. Tuvimos que caminar diez cuadras. Lo hicimos lentamente, mirando todo el tiempo hacia atrás para comprobar si nos seguían.

Encontramos al fin el número. La casa no era muy grande, de cemento, con dos ventanas adelante y sin jardín. Golpeamos la puerta y esperamos. Algunos vecinos de las casas cercanas nos miraron con curiosidad.

Nos abrió una mujer gorda que nos sonrió como si nos esperara. No preguntó demasiado y nos dejó entrar hasta el living oscuro que olía a cera de piso. Los muebles eran de madera y parecía que pocas veces ocupaban esa habitación. Sobre los sillones tenían manteles bordados y en una repisa de vidrio se veían viejas fotografías. En una reconocí a Anselmo Cherino vistiendo uniforme, igual que en la fotografía que guardaba Conchita Ossa de su fiesta de los dieciocho años. La mujer gorda desapareció. Pero casi enseguida regresó arrastrando una silla de ruedas. El hombre sentado era parecido a Anselmo Cherino, una versión aun más frágil y tal vez más joven.

—Soy el hermano menor de Anselmo, mi nombre es Julián Cherino —dijo saludando.

—Veníamos... —traté de explicarle algo nervioso por el recibimiento.

—Mi hermano me avisó que ustedes vendrían a verme.

—Le avisó —dije sorprendido.

—Me pidió que los ayudara en todo lo que pudiera, eso me encargó. Anselmo viene una o dos veces al mes a vernos, pero el último mes falló. ¿Verdad, Berta? —preguntó a la mujer gorda que respondió con una sonri-

sa—. Berta es mi señora desde hace treinta años, ¿verdad, Berta?

Miré mi reloj y le hice una señal a León para que vigilara por la ventana mientras hablábamos.

—Queríamos saber de don Anselmo Cherino y del caballo Huaso, el caballo del capitán Larraguibel.

—Mire la coincidencia. Anselmo me dijo que me preguntarían sobre lo mismo. Yo a mi hermano lo respeto mucho, aunque sea un poco solitario. Todos los meses le cobraba su jubilación del ejército a través de un poder que nos entregó y es con lo que vivimos Berta y yo. Hace más de cincuenta años que estoy postrado en esta silla de ruedas; se podría decir que toda una vida.

Me eché para atrás en el sillón con los manteles bordados. Escuchamos afuera cómo comenzaba a llover lentamente y se oscurecía.

—Mi familia estaba muy orgullosa de Anselmo. Llegó a capitán de ejército y servía aquí en el Regimiento de Caballería Blindado de Quillota. Nosotros veníamos del campo, no muy lejos. Mi papá tenía un fundito donde criaba caballos. Allí mi hermano vio montar a los militares que venían a comprarnos caballos y ahí le nació la vocación por el uniforme

y por los caballos. Una noche salí a montar una yegua, no me di cuenta de que el caballo estaba enfermo con fiebre y no quería que lo montaran. Salté un portón y la yegua me echó abajo. Caí sobre unas piedras y quedé inconsciente. Cuando desperté en el hospital me dijeron que tenía la columna quebrada y no podría volver a caminar nunca más. Mi papá vendió todo lo que tenía, incluyendo el fundo y los caballos, para atenderme con especialistas. Pero todo fue inútil. Compramos esta casa en la ciudad y nos vinimos a vivir acá. Mi hermano entró al ejército. Con su sueldo nos ayudaba y mantenía esta casa. En esa época compraron a Huaso para el regimiento. Lo compraron para pruebas de adiestramiento, ~~porque era~~ aún un animal fino. Tenía una mancha blanca en la frente con forma de estrella. En esa época su nombre no era Huaso sino Faithful, el nombre Huaso se lo pusieron poco antes del salto que lo hizo famoso. Huaso sufrió un accidente, un fierro se le enterró por casualidad en la nalga izquierda. Ese accidente fue importante porque determinó que el caballo no podría seguir siendo utilizado para adiestramiento. Una tarde en que mi hermano visitaba los picaderos junto al mayor Rafael Montti, quien

recién había sido nombrado jefe de la Escuela de Equitación de Quillota, vieron un caballo inquieto adentro del picadero. Cuando trataron de calmarlo el caballo saltó limpiamente un muro de dos metros de alto. Era Huaso. Mi hermano y el mayor se miraron y pensaron lo mismo, allí tenían un campeón de salto de altura. Anselmo entonces se encargó de los cuidados y entrenamiento del caballo, lo alimentaba y cuidaba, pero nunca lo montó. Desde mi accidente, mi hermano se negó a volver a montar a caballo. En 1947 el joven capitán Alberto Larraguibel se hizo cargo de preparar a Faithful en lo que parecía un sueño, batir el récord mundial de salto alto. Larraguibel era un excelente jinete y entrenaron juntos durante un año. Anselmo, cada vez que podía, se iba hasta las pesebreras y pasaba un rato con el caballo. El 1 de febrero de 1948, en el Regimiento de Caballería Blindada N°4 de Viña del Mar, el capitán Larraguibel batió el récord sudamericano de salto con una altura de 2,37 metros montando a Huaso. Tuvieron entonces que esperar otro año completo. El 5 de febrero del 49, en el mismo lugar, Larraguibel lo volvió a intentar. Esta vez mejoró su propia marca alcanzando los 2,47 metros y logró el primer y

único récord mundial para Chile hasta ahora. Fue un momento espectacular para todos, para mi hermano especialmente; fueron los mejores años para él. Unos meses después mi papá se enfermó. Como necesitábamos dinero, Anselmo se retiró del ejército. Compró dos micros y comenzó a trabajarlas con viajes entre La Calera y Zapallar. Los fines de semana se hacía tiempo para visitar a Huaso. Siempre decía que su único amigo era ese caballo. Huaso siguió en competencias y exhibiciones, luego pasó a retiro aquí mismo en el regimiento donde nadie lo molestaba. Mi hermano se ofreció para atenderlo y cuidarlo. Huaso alcanzó a vivir casi 30 años y murió en 1961. Mi hermano se deprimió después de eso. Perdió los dos buses que hacía trabajar. Volvió al regimiento pidiendo alguna ocupación. Le encargaron dirigir a los mozos de los establos y preparar caballos que era su especialidad. Los domingos volvía a visitar la tumba de Huaso en el cementerio de animales del regimiento. Así pasó el tiempo. Hace dos años avisaron que trasladarían los restos de Huaso a la capital. Mi hermano entonces también se fue a Santiago. No lo pudimos detener, no pudimos hacer nada. Mi hermano es un hombre solitario, sin amigos,

solo nos tenía a nosotros. Hace un mes, en su última visita, estaba preocupado y enfermo. Y hace dos semanas me llamó por teléfono. No se le escuchaba bien. Dijo que un detective adolescente andaba preguntando por él y Huaso. Entonces me pidió que si llegaban ustedes hasta aquí a Quillota, les contara todo esto que les acabo de contar.

Julián Cherino terminó de hablar. Miró tristemente las fotografías detrás de los vidrios de la repisa y permaneció en silencio. En ese momento nos interrumpió la mujer gorda, traía una bandeja con berlines y queque de nueces. León y yo comimos en silencio. Le pregunté al hombre de la silla de ruedas.

—¿Y dónde se encuentra ahora don Anselmo?

—Sinceramente, no lo sé. Después de ese llamado telefónico no hemos sabido más de él y estoy preocupado.

Hice una pausa antes de la próxima pregunta:

—¿Por qué cree que su hermano estaba tan interesado en ese caballo?

—El único que puede responder eso es el propio Anselmo. Pero le adelanto algo, él siempre decía que solo en los animales se puede confiar.

—Llegaron —gritó León mirando a través de la ventana de la casa de Julián Cherino.

La calle estaba oscura y la lluvia era fina e intermitente. Al final de la cuadra se estacionó un automóvil que yo conocía muy bien: la camioneta gris que nos siguió a Bombo y a mí en Peñalolén, la misma que me persiguió esa noche cerca de la plaza Ñuñoa. Por entre la lluvia se alcanzaban a ver las siluetas de dos hombres sentados en el interior. Miré mi reloj. Tanto los hombres en la calle como nosotros esperábamos a alguien más. Aprovechamos ese tiempo para explicarle a Julián Cherino todo lo que sabíamos de nuestra parte. Quince minutos después, se estacionó detrás de la camioneta un jeep del que bajó Vivi Sommer cerrándose una parka amarilla. También bajaron a la vereda los hombres de la camioneta. Era lo que estábamos esperando. Abrimos la puerta de la casa y emprendimos una carrera siguiendo la calle

San Martín hacia el centro de Quillota. Corrimos sin mirar atrás. Vivi y los dos hombres se vinieron detrás nuestro. Tenía miedo de perderme, pero León conocía el camino. Llegamos a calle O'Higgins y luego doblamos por Chacabuco. Podía escuchar los pasos que nos perseguían. León fue el primero en ver el supermercado Orión justo adelante, antes de llegar a calle Freire. Entramos y corrimos por los primeros pasillos. Detrás de nosotros escuchamos gritar a Vivi Sommer.

—Están aquí adentro.

El supermercado estaba vacío y se escuchaba la típica música de supermercado, un tema de Ray Conniff que le gusta a mi mamá. Ray Conniff era la música preferida de todos los supermercados del país. Pero yo no estaba para músicas. Estaba asustado. Avanzamos hasta el último pasillo: allí no teníamos escapatoria. Por una esquina entró uno de los hombres rubios y por la otra, cerrándonos el paso, apareció Vivi Sommer junto al otro rubio. Vivi se acercó caminando lentamente. Sabía que nos tenía atrapados. Cuando estuvo a mi lado dijo burlándose.

—Quique Hache, el detective privado.

No esperé saludarla y le pregunté directamente:

—¿Por qué mataste a Chucho Malverde?

—¿Y a ti qué te importa? Pero si quieres saberlo, te lo diré. Era un cobarde. Tenía ese negocio con los ingleses, un buen negocio, de mucha plata, pero Chucho siempre fue un irresponsable; interesado solo en los caballos. Por eso tuve que hacerme cargo.

—No tenías para qué matarlo —dije, mientras los dos hombres se acercaban mostrando sus pistolas debajo de la chaqueta. León y yo abrimos los ojos. Respirábamos agitados por el carrerón y estábamos empapados con la lluvia. Sin que se lo pidiera, Vivi siguió hablando:

—Justo cuando Chucho tenía que entregar esos huesos, se los robaron; entonces le entró el miedo, decía que todo era culpa de ese caballo fantasma. Después de que ustedes dos estuvieron en la cabaña de Isla Negra, decidió ir a contarle la verdad a las autoridades. Tuve que detenerlo porque si no, perdíamos el negocio con los ingleses.

—¿Y quiénes son estos dos? —indiqué mostrando a los dos hombres rubios.

—Hace tiempo el canal los contrató como mis guardaespaldas; ahora son mis socios. Pero es hora de que dejemos esta conversación. Vamos a volver a la casa de Anselmo

Cherino y nos van a contar todo lo que saben de esos huesos perdidos.

—En la casa solo está su hermano paralítico y su mujer, y ellos no saben nada de don Anselmo.

—Mis socios —dijo Vivi riendo— conocen algunas técnicas para hacer recuperar la memoria rápidamente, así que nos vamos.

Los guardaespaldas se acercaron. León y yo nos apretamos contra una de las estanterías. Entonces, escuchamos a Dios, es decir, se terminó el tema de Ray Coniff por los altoparlantes del supermercado y de allí surgió una voz ronca que dijo:

—Suficiente, señorita Sommer. Habla el inspector de investigaciones Tullo Salgado. Tenemos cubierto todo el supermercado, así que les pediría que dejaran sus armas porque están detenidos.

Por ambos lados del pasillo entonces surgieron policías de civil con chalecos antibalas de color azul. Tal como nos instruyeron, aprovechamos la sorpresa de Vivi y de los dos hombres, y corrimos con León hacia la policía.

Lo habíamos preparado el día anterior, cuando después de caminar por el parque Forestal, nos presentamos ante el inspector Salgado en el cuartel de Vicuña Mackenna y

le contamos todo lo que sabíamos. Aunque era arriesgado, nos ofrecimos como señuelos para atraer a Vivi Sommer y a sus cómplices.

Todavía estábamos nerviosos cuando volvimos a saludar al inspector, que también parecía preocupado por nosotros. Nos felicitó y respiró más tranquilo. Junto al inspector apareció Esteban Malverde, quien facilitó la sucursal de uno de los supermercados Orión de Quillota para atrapar a los asesinos de su hermano. Cuando salimos a la calle nos encontramos rodeados de gente y luces de la televisión.

A las once de la noche llegamos a mi casa de calle Juan Moya. Le pedimos a los detectives que nos dejaran a una cuadra para que no sospecharan en mi casa. Entramos silenciosamente. Entonces León dijo lo que siempre decía en esas circunstancias:

—Tengo hambre.

Caminamos sin hacer ruido hasta la cocina. Cerramos la puerta y encendimos la luz. Allí nos estaban esperando mi mamá y mi papá sentados en la oscuridad. La cara de mi mamá era de codorniz y la de mi papá era de tigre de bengala. En cualquier parte del mundo esas dos caras significaban lo mismo: problemas.

—Vas a tener que darnos una explicación a tu madre y a mí, Quique Hache —dijo mi papá.

Entonces pensé en los focos de la televisión y en las noticias de las nueve de la noche que mi papá y mi mamá nunca se perdían. Estaba claro. Me habían descubierto y esta vez no tendría escapatoria.

TERCERA PARTE

A mí me gusta
el cerro San Cristóbal

Había dejado de llover y acabaron las campañas de ayuda a los damnificados. El invierno siguiente volvería a ocurrir lo mismo. Lluvia, frío y damnificados, se desbordarían los ríos, se inundarían las calles y las casas de los más pobres y volverían las campañas de ayuda.

Mi castigo no fue muy duro. Mi mamá lloró cuando me vio aparecer en la televisión tres segundos y medio en el noticiero de las nueve. Yo le prometí que no volvería a hacer algo así. Mi papá, mi hermana y la Gertru, sabían que mi promesa era algo falsa, pero al menos dejaba conforme a mi mamá. La Gertru también lloró por sentirse responsable de mí, pero casi enseguida me perdonó porque estaba más interesada en su matrimonio. Me preparó, ese último fin de semana, sopaipillas con miel derretida.

Cuando comía las sopaipillas me acordé del recado de Bombo desde el hospital El

Salvador. Necesitaba hablar conmigo y yo lo había olvidado completamente. El domingo en la mañana entonces, llegué hasta el hospital. Volví a recorrer los pasillos feos y fríos hasta que encontré la sala. Bombo se veía mucho mejor, repuesto y sin vendas. Estaba bien alimentado, con algunos kilos de más y sonreía alegremente cuando me vio aparecer al pie de su cama. Primero insistió en conocer todos los detalles del caso del caballo. Se los resumí. Terminé contándole que Vivi Sommer estaba en la cárcel junto con sus dos guardaespaldas, acusados de ahogar a Chuchito Malverde. Nada se sabía del comprador de los huesos en Inglaterra, con el que finalmente Vivi se relacionó sin llegar a cerrar el negocio. De Anselmo Cherino y de lo que quedaba de los huesos robados de Huaso, no se tenían noticias aún, pero los detectives de investigaciones trabajaban en el caso. Se prefirió no hacer pública la desaparición de los restos hasta conseguir alguna pista.

Cuando terminé de hablar, Bombo respiró profundamente y se concentró un minuto ordenando mentalmente todo lo que acababa de escuchar. Entonces dijo:

—Hace una semana estuve conversando con Anselmo Cherino aquí mismo en el

hospital; de eso quería hablarte esa vez que te mandé a llamar.

Al principio no entendí lo que Bombo decía.

—¿A Anselmo Cherino? ¿Pero qué hacía aquí?

—Nos encontramos en el hospital. Me reconoció, se acordó cuando lo fuimos a ver a su casa en Peñalolén el día que me dispararon.

—¿Pero cómo te encontró?

Bombo se rió con mis preguntas aceleradas.

—Nos encontramos por casualidad. Llegó enfermo hasta aquí. No se sentía bien. Pero no estaba acostumbrado a quedarse acostado, así que pedía permiso para pasear en las tardes por los pasillos del hospital. En uno de esos paseos me reconoció. Conversamos esa tarde y la siguiente. Supimos que tú seguías investigando la desaparición de los restos del caballo.

—O sea que estuvo todo el tiempo aquí en el hospital.

—En el pabellón de al lado. Me contó más o menos la misma historia que tú me acabas de contar. Me habló del cariño que le tuvo a ese caballo. Cuando trasladaron los restos a Santiago, él los siguió, consiguiendo

el trabajo de portero del Club Ecuestre. Hace unos meses, escuchó sin querer a Chucho hablando con Vivi Sommer. Le contaba que su socio en Inglaterra le reclamaba porque no entregaba pronto el encargo de los restos de Huaso. No entendía lo difícil que había sido conseguir el traslado desde Quillota y lo tenía amenazado. Entonces don Anselmo se adelantó, él mismo desenterró los restos y los escondió fingiendo un robo, tratando de hacer creer que el culpable era esa organización «Furia Verde».

—¿Él inventó eso?

—Para despistar.

—¿Y dónde está ahora don Anselmo?

¿Y Huaso? —pregunté, desesperado por saberlo.

—Lo que quedaba del caballo está adentro de una caja metálica no muy grande, que antes de llegar al hospital don Anselmo escondió muy bien.

—Pero...

—Don Anselmo vino a verme todas las tardes de esa semana y me preguntaba si sabía algo de ti. Un día no volvió a aparecer así que le pregunté a la enfermera. La noche anterior, mientras dormía, murió en su cama, tranquilo y silenciosamente. Lo tenía todo

arreglado para no molestar a sus únicos parientes. Antes de morir gastó todos sus ahorros pagando un entierro y una tumba en el cementerio sin avisarle a nadie. Se murió solo y así mismo lo fueron a enterrar.

El gran día para el Negro y Gertrudis Astudillo llegó a fines del mes de septiembre, cuando recién comenzaba la primavera. El invierno estaba atrás, perdido y olvidado.

El matrimonio de Gertru sería al mediodía del miércoles en el Registro Civil de Ñuñoa. Todos en la casa nos preparamos. Nos vestimos elegantemente. Mi hermana se cambió el vestido varias veces hasta decidirse y quedar conforme. Lulo, su pololo, estaba en Miami. Había ido a abrir negocios allá y todos los días se hablaban por teléfono. Yo, por supuesto, estaba triste, se casaba Gertrudis Astudillo, mi nana desde que yo era una célula. No era para estar alegre, aunque ella jurara que pocas cosas cambiarían. Por la mañana no asistí al colegio y mi papá pidió permiso en su trabajo para llegar a la ceremonia como testigo junto a mi mamá. La noche anterior, Gertrudis prefirió pasarla en la casa de Conchita Ossa en calle Capitán Orella porque

estaba más cerca del civil y porque la actriz la maquillaría y peinaría.

Antes del mediodía nos fuimos en el auto de mi papá por Irrazaval hasta Pedro de Valdivia, donde estaba el registro civil de la comuna. Allí esperaba el Negro y un grupo de sus amigos, todos impecablemente vestidos y alegres. Por supuesto, la novia se atrasó. El Negro parecía nervioso y trataba de que no se le notara contando chistes y riéndose.

Dos horas después, en el mismo lugar, nada había ocurrido. De algo estábamos todos seguros: Gertrudis Astudillo no llegaría al civil a casarse ese día.

La buscamos por todas partes pensando que algo malo podría haberle ocurrido, hasta que alguien pensó en preguntarle a Conchita Ossa que tampoco estaba allí. La llamaron por teléfono y mandó a decir:

—La Gertrudis no se casa hoy ni mañana. Se arrepintió.

Eso bastó para que todo se suspendiera. La fiesta se canceló y alguien fue a disculparse con el oficial del Registro Civil. El Negro no hablaba, solo miraba el suelo y movía la cabeza como aturdido. Para todos, la Gertru se transformó ese día en el peor ser de la tierra. El Negro, en cambio, daba pena.

Cuando veníamos de vuelta en el auto, mi mamá me miró directamente a los ojos y dijo:

—Seguro que tú sabes algo, Quique, tú sabes donde se fue a esconder la irresponsable de Gertrudis Astudillo.

Me hundí un poco más en el asiento y lo negué todo. Pero mentía, porque sabía, o creía saber, donde se encontraba en ese momento la Gertru.

De manera que cuando las cosas se tranquilizaron en la casa y cada uno se fue a descansar a su dormitorio, salí en silencio sin que nadie se diera cuenta. Subí a una micro y me senté cerca del conductor. La micro tomó por Vicuña Mackenna hacia el norte de la ciudad, entre automóviles y muchas otras micros. En la radio escuchamos a un locutor que daba por teléfono consejos sentimentales a una mujer. *Ella tenía dos esposos, uno en Villa Alemana y otro en Santiago*, pero ninguno de los dos sabía del otro. Todos en la micro se rieron con los consejos del locutor. Éramos una micro alegre, llena de gente acalorada pero alegre.

Bajé en calle Independencia, que es una avenida ancha y ruidosa. Caminé hasta la Vega Central y luego encontré la calle del cementerio, que debe tener el nombre de calle más adecuado de Santiago: avenida La Paz.

En el registro del cementerio encontré la tumba de Anselmo Cherino. Fui hasta la tumba y me quedé un rato meditando. La tumba era modesta: en una losa gris estaba escrito el nombre, la fecha de nacimiento y de fallecimiento. A mí la muerte me parece un asunto complicado del que prefiero no hablar ni pensar. Es como una deuda que al final, irremediablemente, se paga por lo que no es necesario ningún comentario.

Volví a hablar con el administrador del cementerio. Lo convencí para que me contara la verdad. Al principio, dijo que no se acordaba, pero recobró súbitamente la memoria cuando le entregué un billete de cinco mil pesos. Recordó que don Anselmo, antes de morir, le pagó por adelantado su tumba y el funeral.

—¿Cuándo lo enterraron no notó nada extraño?

—En este trabajo hay muchas cosas extrañas, pero ese caballero me pareció de lo más normal; aunque tuvo que pagar extra por su tumba.

—¿Por qué extra?

—Un servicio extra se debe pagar. Enterramos su ataúd y otra caja con él. El cliente lo pidió expresamente. No preguntamos lo

que contenía ese otro maletín porque no nos correspondía. Así es la gente, se muere y se lleva a la tumba las cosas más extrañas.

A mí me gusta el cerro San Cristóbal. Antes me gustaba más porque era un paseo obligado los días domingos. Después mi papá, más cómodo, prefirió quedarse en la casa mirando el fútbol italiano por la televisión por cable y terminaron los paseos al cerro. También me gustaba el San Cristóbal por otros motivos. En el colegio leí un cuento y una novela donde aparecía el cerro. Cuando en el colegio me obligaban a leer un libro terminaba odiándolo. No ocurrió lo mismo con ese cuento sobre un ciclista que sube el San Cristóbal en una carrera mientras su mamá está enferma en su casa. Era mi cuento preferido. También me gustaba una novela de un tipo joven que subía al cerro San Cristóbal a replantearse la vida y así terminaba la novela, empezando a vivir algo diferente desde ahí.

Entonces me pareció una buena idea, después de visitar en el cementerio a don

Anselmo y descubrir el secreto que se llevó a la tumba, terminar también en el San Cristóbal.

Pero tenía otro motivo. Uno especial.

Subí en el funicular. Luego seguí caminando, ascendiendo junto a unas señoras de un club de amigas del cerro y unos turistas alemanes que querían ver la ciudad desde lo alto. Abajo, todo estaba cubierto por una gruesa masa de humo, así que de la ciudad se veía poco.

A los pies de la Virgen de cemento, que estiraba sus brazos abarcando la ciudad de Santiago, allí, sentada en la escalinata, encontré a Gertrudis Astudillo. Tenía la cara triste. Miraba hacia abajo las calles como líneas de dibujo y las casas que parecían de juguete. No se sorprendió al verme. Preferí no decir ni una palabra. La Gertru cada vez que quería pensar seriamente, o se sentía triste y aproblemada, se venía al San Cristóbal, a los pies de la Virgen en la cumbre. Decía que hablaba con la Virgen, que ella parecía comprenderla mejor que nadie en circunstancias difíciles. Por eso, yo sabía que la encontraría allí.

Después de diez minutos en que no hablamos nada, de pronto la Gertru suspiró y dijo:

—Mañana será otro día.

Nada más. Era suficiente. La frase era parecida a la de una película romántica que dura cuatro horas y que a ella le gustaba. Para la Gertru la frase significaba lo mismo que para mí visitar la tumba de don Anselmo Cherino: algo acababa, pero al mismo tiempo algo comenzaba.